MORUENA ESTRÍNGANA

SWEET LOVE

Actúa para mí

ERIK Y SUMMER



5

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria
Prólogo

SWEET LOVE
ACTÚA PARA MÍ
PARTE V

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Biografía
Bibliografía
Créditos
Click
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A mi querida amiga Andrea, gracias por tus consejos
y por estar siempre ahí

PRÓLOGO

SUMMER

Observo entre las sombras como Erik mete sus cosas en el coche negro que lo espera para irse lejos de aquí, a un internado, por todo lo sucedido.

Al fin parece que ha decidido decir «basta», y todo por un accidente que casi le mata, algo que siempre recordará por la cicatriz de su mejilla.

Se despide de sus padres sin un abrazo, sin un gesto de cariño.

Ya nada queda de ese niño que sonreía con facilidad, que cuando te miraba con sus intensos ojos grises eras incapaz de no perderte en ellos y en toda la vida que transmitían.

Todo eso desapareció hace años por las malas compañías. Por querer vivir demasiado deprisa.

Lo miro una vez más antes de, seguramente, dejar de verlo por mucho tiempo.

Llevamos años sin ser amigos. Sin hablar ni ser los cómplices que éramos. Sin estar uno al lado del otro sin decir nada, pero sintiendo que está todo perfecto así.

Me gustaría decir que ya no siento nada por ese joven de pelo negro y ojos tristes, pero mentiría.

Con él aprendí lo que era ser una niña que quería a su familia y a sus amigos, una niña que aprendía la diferente que es ese sentimiento cuando se ama.

Erik va a montarse en el coche, se me encoge el corazón y entonces, como si lo sintiera, alza la vista y nuestras miradas se entrelazan tras tanto tiempo, sin verse reflejadas en la del otro.

Se despide de mí con un gesto que le devuelvo y, ahora sí, entra en el vehículo.

Mientras lo veo alejarse me pregunto qué pasará cuando volvamos a encontrarnos y si habrá un nuevo tiempo para ser amigos de nuevo, porque para amarlo, no.

Sé lo que duele querer a Erik y no quiero volver a sufrir por él.

Eso se acaba hoy.

SWEET LOVE
ACTÚA PARA MÍ
PARTE V

CAPÍTULO 1



SUMMER

Entro en mi nuevo hogar emocionada ante esta aventura.

¡Estoy en la universidad!

Y sola, sin mis padres y mis hermanos. Los quiero mucho y seguramente esta euforia de vivir sola y ser independiente se termine cuando tenga que lidiar con todas las tareas de la casa y con la compra y pase el tiempo suficiente para extrañar todas las cosas de mi familia que últimamente me ponían algo de los nervios. Sobre todo mi padre, que, al ser presentador de noticias y estar siempre al tanto de los sucesos de última hora y lo que se cuece entre las modas de los más jóvenes y cómo les afectan, está obsesionado con vigilar mis movimientos y controlar si me meto donde no debo en el móvil o por internet.

Creo que mis padres están menos preparados que yo para mi etapa en la universidad.

Solo espero que no acaben encontrando excusas para venir todos los días a verme.

Ya tengo dieciocho años y deberían comprender que ya no soy una niña.

Miro a Dalia, la que será mi nueva compañera de piso. Lleva el pelo teñido de rosa a juego con las uñas y el pintalabios. Está claro cuál es su color favorito.

Es prima de Daura, amiga de Debbie y Neill. Cuando se enteraron de que vendría a su universidad hablaron con ella para ver si seguía sin encontrar a nadie que le encajara para compartir piso. Y así era. Es dos años mayor que yo y, aunque al mirarla tus ojos sufren por el exceso de color, luego te acostumbras y hasta te dan ganas de probarlo.

—Este es tu cuarto. Espero que te guste.

Observo el cuarto. Es bastante amplio. Tiene un armario empotrado, un escritorio muy grande, una cama que parece de matrimonio y hasta una pequeña tele para poder ver lo que quiera sin tener que compartir el salón.

—Está genial. Me encanta.

—Se te nota. Me recuerdas a mí cuando vine el primer día. Todo me parecía genial…, hasta que la realidad te golpea. Entonces todo sigue estando de puta madre, pero hacerse mayor tiene sus complicaciones. Sobre todo de las que tienen pene.

Me cuesta mucho no agrandar los ojos ante su vocabulario. Ya me dijo Debbie que Dalia era así. Que hablaba algo mal y de forma directa.

—En mi mente no entra la complicación «chicos».

—Ya, claro, hasta que veas a uno que te ponga cachonda y te des cuenta de que lo puedes traer a tu cuarto sin tener que dar explicaciones a tus padres. —Me guiña un ojo—. Bueno, he quedado para ir a tomar algo. —Saca una tarjeta de la cartera y me la tiende—. Pásate luego cuando ordenes todo, si quieres.

—Lo pensaré. Gracias.

Se marcha y entonces sí miro todo con nuevos ojos, sin miedo a parecer muy pipiola. Registro la casa entera. Miro la nevera, que no tiene nada de nada. Y eso que Dalia empezó hace una semana las clases… Da igual.

Todo me parece increíble; ni siquiera me importa que el aseo parezca una pocilga y que Dalia haya dejado todo por en medio.

Estoy sola, soy universitaria y me voy a comer el mundo.

Me suena el móvil, lo busco y veo que es Esme, mi mejor amiga.

—Dime que tu casa es tan chula como la mía —me dice nada más descolgar—. ¡Si hasta tengo cuarto propio, sin un hermano que me chinche todo el día! —Se ríe—. Lo voy a echar de menos, pero esto es demasiado increíble.

—Mi casa está genial y mi compañera de piso me ha dicho que puedo traerme a quien quiera al piso.

—Deberías, estás en dique seco desde hace años.

—Eres tan bruta como ella, creo que por eso nos llevaremos bien. —Se ríe de nuevo.

Somos de la misma edad y nos conocemos desde que nacimos, al ser nuestras madres amigas. A ella sí la voy a echar de menos. El problema es que en su universidad no tenían Arte Dramático y por eso acabé en esta. Mi padre asegura que es la mejor en este ámbito.

Estos últimos años es cuando más nos hemos unido; si antes éramos amigas, ahora somos las mejores amigas.

Le suena el timbre.

—Te dejo, que el hermano de Debbie ha quedado en enseñarme todo esto.

—No sabía que lo conocías.

—No lo conozco, pero Debbie me dejó su número por si necesitaba algo y le he llamado para decirle que necesito un guía. Ya te contaré.

Sonrío por Esme. Es así, como un huracán, y con los años va a peor. Me encanta.

Escribo al grupo de familia para decirles que estoy bien:

Summer: Estoy instalada y todo está genial. Me encanta.
Mamá: Cómo me alegro, hija, recuerda tener mucho cuidado y no bebas más de la cuenta.
Summer: Ok.
Papá: Y, si puedes, llega virgen al matrimonio. Está de moda.
Summer: ¡Papá!
Mamá: Bueno, pues usa protección, no queremos ser abuelos tan pronto, hija.
Summer: ¡Dios! Sois imposibles, os dejo, que he quedado.
Mamá: Ok, ten mucho cuidado.
Papá: Evita a los hombres.
Clara: En serio, cuando yo vaya a la universidad me olvido el móvil en casa. Sois lo peor.

Dejo de leer sus mensajes cuando mi hermana, dos años menor que yo, pone lo que yo estoy pensando. Quiero mucho a mis padres, pero necesito que confíen en mí y sobre todo que mi padre y sus amigos no miren de manera amenazadora a todos los chicos que alguna vez se me han acercado. Creo que el hecho de que Erik me hiciera aquello y jugara conmigo no ayudó.

Sé que solo tratan de cuidarme, el problema es que me asfixian.

Cojo la tarjeta que me ha dejado Dalia y me marcho hacia allí. ¡La noche es joven y por fin no tengo toque de queda!

CAPÍTULO 2



SUMMER

Entro al *pub* que me ha dicho Dalia y no tardo en verla. Es lo bueno de que tenga el pelo de color rosa. Al verme me saluda efusiva y se acerca a mí como si fuéramos amigas de toda la vida y acabáramos de encontrarnos tras años estando separadas. Su exageración me encanta.

—¡Qué bien que estés aquí! Te voy a presentar a mis amigas y a los maromos que se nos han acercado. —Alza las cejas con coquetería—. Es la consecuencia de lucir un poco de escote, los atraes. —Se baja un poco la camisa y luego se la sube—. Y luego cierras el negocio para que no te miren solo a las tetas mientras te hablan y no piensen que eres una chica fácil.

Nos acercamos a una mesa y me presenta a sus amigas. Aída y Fara. También de su edad, aunque no comparten su afición por los tintes hirientes de ojos: la primera es rubia y la segunda, morena.

—¿Qué tal tu primer día? ¿Te gusta lo que has visto? —me pregunta Fara antes de darle un trago a su cerveza.

—Está genial. —Aída se ríe.

—Qué cara de novata tienes. Vas a estudiar Arte Dramático, por lo que nos ha contado Dalia, ¿no? Te aconsejo que cambies tu mirada de inocentona.

—Déjala, todas hemos sido nuevas —me defiende Dalia—. Ya le cambiará. ¿Te traigo una cerveza?

—¡Claro!

—A ver si se va a emborrachar y nos toca cargarla hasta tu casa… —le dice Fara. Enseguida sé que estas dos me van a caer muy mal.

—Aguanto muy bien el alcohol —le digo retadora.

—Eso habrá que verlo, novata. —Le sonrío y se va a la barra con Dalia a por bebida; creo que van a dejar las cervezas por hoy.

—Así que nueva… —me dice uno de los chicos que están a su lado y a los que ni siquiera me han presentado.

—Sí, lo tengo pintado en la cara. —El chico se ríe. Es muy guapo, parece de último año de carrera.

Lleva la sudadera del equipo de fútbol. El pelo es rubio y los ojos marrones. Muy guapo y, a juzgar por su sonrisa, lo sabe. Es un depredador, como diría Esme, a la que ahora mismo echo mucho más de menos. Con ella salir de fiesta era diferente. Si algo no nos gustaba, nos íbamos. Y no nos importaba desentonar mientras estuviéramos juntas.

—Si quieres, te puedo enseñar cómo es esto.

—No quiere —le dice Fara, que deja una copa delante de mí en la mesa—. Está muy verde para un hombre como tú.

—Creo que ya soy mayor para decidir eso por mí misma —le digo cansada de que me traten como si ser nueva y más joven fuera algo malo.

—Vaya, tiene genio la niña —dice otro de sus amigos—. Me llamo Joel, y este idiota es Sabás. No le hagas caso.

Joel me parece el más simpático de todos. Tiene el pelo castaño y los ojos verdes y me fijo en que bebe agua. También lleva la chaqueta del equipo.

—No suelo hacer caso a la gente, hago siempre lo que yo quiero.

—Mejor —me sonríe Joel.

—Por cierto, no sabéis quién es su padre —dice Dalia tras dar un largo trago a su copa, y a mí la bebida se me atraganta—. Ángel, el de las noticias de las nueve.

Entonces, inevitablemente, pasa lo de siempre: dejo de ser solo Summer para ser la

hija del presentador de telediarios más famoso del país.

Y después vienen las preguntas para saber más sobre mi padre. De cómo es vivir con un famoso y todas esas cosas. Para mí es solo mi padre y tal vez por eso nunca he visto a la gente que sale en la tele como superestrellas o divinidades, solo como personas normales que sufren y padecen de la misma forma que los demás.

Las preguntas no cesan entre bebida y bebida. Yo tengo un puntito, pero no estoy tan bebida como Fara, a la que se le va la lengua y se ríe sin sentido. Joel sigue a mi lado y Sabás no para de acariciar el brazo de Aída, dejando claras sus intenciones para después.

—No sé qué narices hace aquí —dice Sabás, mientras yo sigo a lo mío—. Le gusta ir de superior y dejar claro que no necesita a nadie para hacer lo que le dé la gana. No debería ser el capitán.

Ahora sí tiene toda mi atención; yo sé quién es el capitán del equipo. Erik.

Lo busco entre la gente.

—Sea como sea, cada año que pasa está más bueno —dice Fara—. Cómo me gustaría que mojara en mí su chocolatina…

Sus amigas se ríen por el juego de palabras y yo al fin lo veo. Está solo, al final de la barra, y se acaba de pedir una cerveza. Nadie lo acompaña. Nadie se le acerca y, sin embargo, casi todos lo miran, y no me extraña; si ya era guapo con diecisiete años, ahora es simplemente perfecto.

Es mucho más alto de lo que recordaba, y más corpulento. La última vez que lo vi, a causa de las drogas y de haber pasado por el hospital, estaba muy delgado y desgarbado, aunque a mí me parecía increíblemente guapo. Sí es cierto que ahora, con ese moreno de piel, lo está bastante más.

«Ha cambiado mucho», pienso cuando se vuelve y observa la sala mientras bebe su cerveza como si no necesitara a nadie. Sus ojos grises son fríos y se parecen a los de su padre, por su mirada sagaz. Aunque ahora más que nunca es un calco de Jack, su tío, cuando tenía su edad, solo que Jack siempre ha sido alegre y risueño.

Erik, por el contrario, con esa mirada entrecerrada y ese pelo negro algo largo, parece más un pirata en busca de su próximo botín, lo que hace que los que están a su alrededor lo teman a la vez que lo desean.

—Es un imbécil —dice Sabás.

—Que pase de ti no lo hace un imbécil —dice Joel.

—A mí me da igual lo que sea mientras me deje montarlo —dice Fara, y las demás se ríen.

Erik escudriña el ambiente, pero dudo que me reconozca o que me salude al verme.

No dejo de mirarlo; por eso, cuando sus ojos se posan en los míos tras tres años sin vernos, le mantengo la mirada a la espera de saber qué hará y deseando que me reconozca.

Una parte de mí sabe que no solo vine a esta universidad porque tuvieran muy buenos profesores de Arte Dramático, sino también por él.

Por eso, cuando me saluda, sonrío como si no hubiera pasado el tiempo y siguiéramos siendo solo un par de amigos que aún nada saben de la vida ni de las complicaciones de esta.

CAPÍTULO 3



SUMMER

Ha pasado mucho tiempo desde que nos despedimos. Él se fue a un internado para recuperar el tiempo perdido y mejorar. Y las veces que regresaba yo no estaba en las fiestas de nuestros padres. Hace años que me cansé de ellas y me quedaba en mi casa con Esme, donde hacíamos nuestra propia fiesta privada a la que se apuntaban, siempre que venían, Nora, Matty, Roni e Ewan.

Por eso, como llevamos tanto sin saber el uno del otro, esperaba que no me reconociera.

—¿Lo conoces? —me pregunta Fara cuando le devuelvo el saludo a Erik.

—Sí, somos amigos de toda la vida. Y no es un imbécil, solo tiene muy buen gusto eligiendo a sus amigos. Nos vemos otro día, chicos.

Recojo mi chaqueta y mi bolso y me voy hacia donde esta Erik, que no ha apartado la mirada de mí. Me encantaría saber qué está pensando, y más aún que mi corazón dejara de latir como un loco. No se acuerda de que no quiero volver a sentir nada por este joven atormentado de ojos grises.

Me pongo ante él. No sé qué decir; la última vez que hablamos le dije que era de lo peor. Y que le odiaba con todas mis fuerzas. Ahora que ha pasado el tiempo, al recordar ese día, también veo su mirada atormentada y devastada por lo que me hizo. Nunca comprendí por qué me quiso hacer creer que éramos novios solo por una apuesta, si en sus ojos vi que se odiaba a sí mismo por lo que me hacía.

—Hola, Erik —le digo tras tanto tiempo.

—Summer. —No sé si se alegra de tenerme cerca o, por el contrario, preferiría que me hubiera quedado donde estaba—. Te invito a algo.

Se vuelve y se sienta en una silla de la barra. Hago lo mismo, sentándome a su lado, muy cerca. Me mira de reojo y hago lo mismo. Hemos cambiado. Nada queda de lo que fuimos y, sin embargo, por primera vez en muchos años al mirarlo veo a mi amigo. A ese niño que siempre encontraba un rato para hablar conmigo. Al que me enamoró mientras hablábamos de cualquier cosa con tal de no estar callados. Al que fue mi mejor amigo.

—¿Una cerveza? —me pregunta cuando el camarero se acerca, y pide una con y otra sin alcohol muy fría.

—Veo que te cuidas.

—No bebo ni me meto nada raro desde hace tres años.

—Mejor, no te sentaba nada bien ir puesto hasta las cejas. —Emite una pequeña sonrisa.

Mis ojos van a su cicatriz y me recorre un escalofrío por lo que pudo haber pasado.

—Sabía que vendrías —dice cambiando de tema—, mi madre me lo dijo.

—Y de no ser así, ¿me hubieras reconocido?

—Claro que sí, nadie tiene esos ojos verdes, salvo tu padre.

Nos trae la cerveza y doy un trago.

—¿No tienes amigos? —le digo directa—. Es lo que me han dicho tus compañeros de equipo.

—La gente se piensa que muerdo —me dice divertido.

—Nunca se te dio mal hacer amigos.

—Y juntarme con los peores, puedes decirlo.

—Aquellos no eran tus amigos, solo unos interesados que te querían cerca para beber y drogarse gratis —le digo sincera.

—Siempre lo supe, Summer. —No me mira y me pregunto que, si lo sabía, ¿por qué los eligió cuando no eran buena compañía y lo llevaron por el peor camino posible?

—Entonces eres más tonto de lo que creía —le digo a las claras.

—No te voy a contradecir.

—Pues vaya aburrimiento —le respondo.

—Es lo que hay.

—Antes no eras así.

—Ya no queda nada de mí, de quien fui. —Me recorre un escalofrío por su forma de decirlo—. Puedes unirte a los demás y mirarme como si fuera intocable.

—Es lo que pareces aquí sentado con esa cara de perdonavidas. La mayor parte de lo que te pasa en esta vida es por tu culpa, el resto es cosa del destino.

—Entonces, tanto el destino como yo nos queremos una mierda.

—Estás cenizo esta noche —le digo dándole un empujón con el brazo. Me termino la cerveza—. Creo que por hoy ya he bebido suficiente; lo dejo, o acabaré bailando sobre la barra. —Le miro sonriente esperando a que diga algo; no lo hace.

—Me voy a casa. ¿Te vienes? Tus amigos, si es que lo son, se han ido.

Miro hacia donde estaban y, efectivamente, no están.

—No sabes dónde vivo.

—Si lo sé, me lo dijo también mi madre. Yo vivo en uno de los áticos de esa urbanización de pisos de estudiantes.

—¿Solo?

—Claro, nadie me soporta. —Me parece que emite una pequeña sonrisa.

—Creo que puedo soportarte de camino a casa.

Salimos hacia allí. Espero que diga algo. No lo hace; solo hay silencio, y en cada paso de vuelta a mi nuevo hogar me doy cuenta por primera vez de que aquellos días en los que reíamos sin sentido y éramos amigos nunca volverán, y que en el fondo lo esperaba.

—¿Nos vemos…?

—No, cada uno debe hacer su vida —me dice algo tajante.

—Claro, solo somos amigos del pasado.

—Sí, y nada más.

Asiento y me dirijo hacia mi portal. Él se queda rezagado.

—Summer —me llama, me vuelvo y veo un gran tormento en sus ojos antes de que aparte la mirada—, lo siento.

No añade más, pero yo sé que es por haberme mentido. Y que eso era lo único pendiente que teníamos. Que ya nada nos une, ni tan siquiera una tardía disculpa.

CAPÍTULO 4



ERIK

Entro en mi solitario piso y cierro la puerta. El silencio cae sobre mí. Un silencio al que debería estar acostumbrado. Llevo ya dos años viviendo aquí.

Dejo mis cosas sobre una silla y pienso en lo que me hizo ir esta noche a ese *pub*: sé que la buscaba. Que una parte de mí sabía que ella estaría allí, como el resto de los estudiantes que buscan un rato de diversión.

No tardé en localizarla; hay personas que, por mucho que cambien y por mucho que pasen los años, nunca olvidas. Siempre las reconoces en cualquier parte sin que el tiempo, que ha hecho estragos en su piel, te haga olvidarlas.

Summer está como siempre, preciosa. Con esos grandes ojos verdes y ese pelo rubio trigo. Su sonrisa sigue siendo su mejor complemento.

Sus labios siguen siendo igual de rojos y apetecibles, y su cara ya no tiene esas redondeces infantiles; ahora es tan hermosa como siempre supe que sería. También es deseable su cuerpo; no me extraña que Joel no se le despegara. No es mal tipo, y sabe que Summer puede ser una interesante conquista.

Aún recuerdo el dolor de su mirada cuando le dije que lo sentía y supo que todo entre los dos acababa aquí. Lo peor es que no sabe la verdad, y nunca se la diré.

No siento haber estado con ella por una apuesta, ya que todo era mentira. Algo que inventé cuando me di cuenta de que solo la estaba arrastrando a mi mierda de vida. Que mi oscuridad era tan grande que solo podría corromperla. Por eso me inventé esa historia, recordando lo que mi padre hizo con mi madre y modificándolo un poco. Sabiendo que eso la alejaría de mí para siempre.

O al menos durante unos años, pues hoy la chica risueña y alegre que un día fue mi novia, por tan poco tiempo, y mi amiga se ha acercado buscando en mí a ese chico de catorce años que ya nunca volverá, y menos tras los seis años transcurridos.

Por eso una vez más la he alejado de mí, para que no se pase la vida buscando un fantasma de mi pasado; eso solo le haría daño.

Y yo, que sé lo que es el dolor, no quiero que la persona que más me ha importado nunca, después de mi familia, sufra.

El problema es que no sé si ahora que estamos tan cerca seré capaz de alejarme de ella. O una vez más buscaré quemarme con su luz.

CAPÍTULO 5



SUMMER

Ha pasado un mes desde que empecé la uni y me sigue pareciendo emocionante, pero ya he bajado de esa burbuja de que todo era *superhappy*.

No paran de mandarme trabajos y todavía no hemos empezado a actuar, que es lo que yo quiero.

Siempre me ha gustado el arte. Cuando era pequeña mi padre me llevaba con él al trabajo y me perdía entre las luces y las cámaras. Me encantaba esa emoción de entrar en antena.

Hasta me colaba en los otros platós y veía como rodaban series y películas. Una misma persona era capaz de vivir cientos de vidas. De reír y al segundo llorar. Era superemocionante y supe que quería ser actriz, una camaleónica de los sentimientos.

Yo tenía otra idea de cómo sería la universidad, y al parecer también mi amiga Esme, que me llama mientras tiende la ropa.

—En serio, odio las tareas de la casa, y yo que pensaba que ayudaba a mi madre… Pero no, esto es peor. No he terminado de hacer una cosa cuando aparece otra. Y a eso añádele estudiar y la mierda de trabajos. ¡No me queda tiempo para ligar! Y eso que la uni me sienta de maravilla y estoy pibón.

Me entra la risa y me sigue.

—Cómo te echo de menos —le digo al final—. Dalia es buena gente, pero sus amigas, no. Aun así, he salido con ellos de fiesta alguna vez. No es lo mismo sin ti.

—Yo también te echo de menos. A ver si sacamos tiempo para poder quedar.

—Sí.

Seguimos hablando un rato más hasta que cada una vuelve a sus obligaciones. Tras un rato estudiando, decido darme una larga ducha de agua caliente. Estoy terminando de enjuagarme la espuma cuando la alarma de incendios resuena con fuerza atravesando el grosor de los cristales.

Me aterro y salgo de la ducha para ponerme la ropa interior y la camiseta sin secarme. Salgo de la casa tras ponerme las zapatillas y coger el móvil. La gente ya está saliendo de sus casas. Me sorprende que no lo hagan corriendo ni aterrados. Solo algunos que, al igual que yo, cogen las escaleras para huir del fuego, esté donde esté.

Salgo hacia la calle, donde está la piscina comunitaria, y trato de localizar el incendio. No lo encuentro, pero sí distingo luz en el ático de Erik, y a él no lo veo por ninguna parte.

Sé dónde vive porque Dalia, tras interrogarme de por qué lo conocía, me lo dijo.

Voy hacia su portal y subo las escaleras esquivando a la gente que trata de huir de un modo descontrolado.

Llego a su puerta y toco el timbre. Me ignora. Aporreo la puerta y grito su nombre, y entonces sí me abre.

—¡Hay un incendio! —le digo cuando me mira con cara de pocos amigos—. ¡¿Acaso no has escuchado las sirenas?!

—Pasa.

—¡No! ¡Se están quemando los pisos!…

—¿De verdad? Yo solo veo que vas medio desnuda y que se te calará todo por la camisa mojada, Sum. Pasa.

Lo hago, atónita por que me llame con mi diminutivo, algo que solo ha hecho él. Nadie me llama así.

—Nos vamos a quemar.

—Lo dudo. —Se va hacia su cuarto y regresa con una sudadera y una toalla—. Sécate o vas a coger una pulmonía.

—¿Y el incendio?

—¿Has escuchado las sirenas de los bomberos? —Niego con la cabeza—. Es una falsa alarma que activan de vez en cuando un par de capullos que lo único que quieren conseguir es ver a mujeres medio desnudas.

—Vamos, que he sido una idiota.

—No, es normal que bajaras.

—Por suerte apenas estuve tiempo abajo.

—Tampoco se te ve tanto. Ve a secarte —me dice para que no me atormente. Como un amigo que trata de aliviar a otro.

Cuesta recordar que no lo somos. Me miro al espejo del baño. Se me ha calado hasta la ropa interior, pero por suerte es azul oscuro y no se ve nada. Me quito la camiseta, empapada por mi pelo mojado de la ducha. Me seco el pelo y me pongo su sudadera. Huele a él. Ya no es el perfume que usaba cuando estuvimos juntos. Cuando lo besaba creyendo que lo nuestro era un «para siempre», sin saber que solo era una broma de Erik para ganar. Mis besos eran de verdad y creía que los suyos también.

Me pregunto como alguien puede fingir tanto…, y eso que voy a estudiar Arte Dramático y se supone que debería estar más habituada a la representación de papeles…

Salgo ya con su sudadera puesta, que me queda enorme. Él es mucho más alto y corpulento que yo.

Erik mira por la ventana. Me pongo a su lado y veo a la gente en el patio: algunos corren asustados, otros lo ven como algo normal y ni se inmutan, a la espera de que las alarmas dejen de sonar.

—No deberían jugar con algo tan serio —le digo enfadada.

—Luego, en el informe, dicen que es para que la gente esté preparada.

—¿Quiénes son? —Erik señala a un par de tíos que se ríen algo alejados, con un móvil en la mano—. Qué asco dan. Hay mucho salido suelto.

—Por desgracia, sí. Pero también hay salidas, esto no es solo cosa de hombres.

—Es cierto.

Lo miro. Hay tanto que quiero decirle… Cuesta recordar todo lo malo cuando al mirarlo solo piensas en abrazarlo fuerte y no dejarlo escapar nunca de tu lado.

La gente piensa que Erik va de sobrado, que no necesita a nadie. Yo, cuanto más lo miro, más veo a alguien triste y que se ha hecho amigo de la soledad por alguna razón.

Me centro en su piso para no cometer la estupidez de abrazarlo.

Es pequeño, pero bien equipado. Tiene una tele de plasma bastante grande y un sofá de cuero negro que parece reclinable. La cocina da al salón, como en el nuestro, y también está muy bien equipada, con varios electrodomésticos. Tiene hasta una cafetera que parece de bar.

Todo está recogido y limpio. No parece que viva aquí, salvo por el libro que tiene abierto en la mesa. Erik está estudiando Administración y Dirección de Empresas. Por lo que sé, para ayudar a su padre en el negocio familiar. Me pregunto si le gustará, porque antes su sueño era ser futbolista profesional.

Y bien podría serlo. Es muy bueno. He ido a alguno de sus partidos con mi compañera de piso y se merece ser el capitán. Sabe qué decir o cómo dirigir para que un partido que parece perdido sea remontado.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Mejor que esperes a que toda esta pantomima haya acabado.

—No quiero molestarte, estabas estudiando.

—Podré soportarlo.

Erik cierra la ventana y me tiende el mando de la tele. Me siento en el sofá. Él se va a su cuarto y al poco regresa con otro pesado libro y se pone a estudiar detrás de mí. No volverme a mirarlo me cuesta. Tratarlo como si nunca me hubiera importado, mucho más.

El silencio nunca ha sido tan pesado entre nosotros.

La sirena deja de sonar. Espero un poco y me vuelvo hacia Erik, que mira su libro sin levantar la vista.

—Me marcho. La sudadera…

—Tengo más, quédatela.

No me mira, y sé que me dice eso para que no tengamos que volver a vernos.

—Bien. La tiraré entonces, si a ti no te importa.

—Haz lo que quieras.

Voy hacia la puerta y la abro a la espera de algo más. La cierro, sabiendo que lo que deseo no llegará nunca.

ERIK

Alzo la cabeza del libro y contemplo el lugar donde hace unos segundos estaba Summer. Me miraba a la espera de que volviéramos a ser los amigos que fuimos. De que todo fuera como antes.

¿Cómo ha podido olvidar lo que hice? ¿Por qué sigue buscando en mí a su amigo?

Ya no está y nunca volverá. Esta mierda es lo que queda de lo que fui. Un capullo que aleja a alguien que irremediablemente desea que esté cerca.

CAPÍTULO 6



SUMMER

Al fin hemos empezado a actuar. Es subirme al escenario y sentir que tengo el mundo a mis pies. No en el sentido literal. Pero sí como si, mientras actúo, mi corazón latiera con más vida.

No hago esto por ser famosa. Lo hago porque es parte de mí.

Estamos en el escenario y el profesor de interpretación quiere ver nuestro potencial para asignar los papeles de una obra de teatro que se hará antes de Navidad.

—Summer, quiero ver en tus ojos el dolor que te produciría una ruptura.

Asiento. Y lo miro a los ojos mientras recuerdo cómo me sentí cuando perdí a Erik. Ha habido otros después. No muchos, pero sí he intentado seguir con mi vida. Buscar el dichoso clavo que dicen que saca el que más te hirió.

Ninguna despedida fue tan dolorosa como la de Erik.

Mis ojos se llenan de lágrimas y revivo el momento en que mi amor se transformó en el odio más profundo, para poder seguir viviendo.

—Perfecto. —Me seco las lágrimas que caen por mi mejilla y pienso en otra cosa para dejar a un lado el dolor.

—Claro, ella es una enchufada —dice una de mis compañeras—. Seguro que su padre ha pagado mucho dinero para que su hija sea la estrella.

—Si prefieres creer eso a aceptar que soy mejor que tú, por mí perfecto —le digo a Marta.

Desde que me vio me mira con odio. Es la típica niña perfecta que desde pequeña en clase siempre ha tenido un séquito de compañeras rodeándola. Y aunque esto es la universidad y esas chorradas se quedaron en el instituto, ella se niega a perder su trono. Tal vez por eso sea la jefa de las animadoras. Hay muchas que, por no perder su puesto, le ríen todas las gracias.

—No puede ser más tonta —me dice Dalia.

Ella también estudia Arte Dramático, aunque ya está en tercero. Hoy estamos todos juntos porque esta obra de teatro la interpretarán los mejores de los cuatro cursos. Los de primero lo tenemos jodido, porque no suelen dar papeles protagonistas a los novatos.

—Paso de ella.

—Bien, es todo por hoy —dice el profesor.

—Por fin, hoy estoy deseando irme. ¿Te vienes? Hemos quedado para tomar algo y luego ir a ver el partido.

—¡Claro! No tengo nada que hacer.

Es viernes y sí tengo muchas cosas que hacer. Entre ellas, volver a casa, cosa que aún no he hecho. Me da miedo ir y que el regreso me cueste el doble porque los echo mucho de menos. Hasta añoro la voz chillona de mi hermana cuando Gael, nuestro hermano pequeño, la pica para que chille. Nunca pensé que echaría eso tanto de menos.

Vamos a nuestro piso a cambiarnos de ropa. Las clases de interpretación son por la tarde, los martes y viernes. Y me ha dicho Dalia que a veces se alargan varias horas. A mí no me importa; me encanta estar en ellas.

Me doy una ducha y me seco el pelo sin secador. Así se me queda ondulado. Me pongo unos pantalones negros ajustados con unas botas de tacón y una blusa sin mangas azul claro.

—Ten. —Cojo el pintalabios que me da Dalia—. Rojo pasión.

—No, gracias, no me gusta cómo queda con el azul. —Se ríe.

—A mí eso me da igual; si algo me gusta, me lo pongo, encaje o no. ¿Qué te importa lo que piensen de ti cientos de personas a los que ni les importas? —Tiene toda la razón, así

que acepto su pintalabios.

Me gusta, pero como me sigue chirriando la camisa azul, me la cambio por una blanca que pega con todo.

Dalia me mira al salir y sonríe.

—No me gusta a mí.

—Entonces has hecho bien.

Salimos hacia donde hemos quedado con sus amigos. Y digo amigos porque, aparte de Fara y Aída, está Oriol, amigo de Dalia de toda la vida al que se nota que le gusta esta, pero que ella no siente lo mismo. O eso dice ella siempre. Aun así, no pueden vivir el uno sin el otro.

Llegamos al *pub*, que está lleno de estudiantes. Es muy pronto para beber, al menos para mí. Por eso me pido un refresco y algo de picar. Las comidas que he hecho desde que vine no tienen nada de saludables. Ahora me arrepiento de no haber dejado que mi madre me enseñara a cocinar. Me tocará llamarla para que me explique recetas, o voy a morir de tanta comida basura y precocinada.

Saludo a sus amigos de palabra, porque paso de darles dos besos a Fara y a Aída, que, cuanto más las conozco, peor me caen. Dalia es amiga suya de toda la vida y sus madres también son amigas. Me pregunto si sigue con ellas por esa amistad de tantos años o porque lo desea.

A veces nos acostumbramos a lo cotidiano y cuesta romper con ello.

—¡Hola! —me dice Joel tras de mí.

Me vuelvo y le sonrío. Desde que lo conocí nos hemos visto alguna que otra vez. No puedo negar que es muy guapo. Pero nada más. Me cae bien y por eso me gustan nuestros encuentros.

—¿No deberías estar concentrado? —Mira detrás de él y veo a varios de sus compañeros.

—Lo tenemos todo controlado. Este partido es fácil.

—Ningún adversario lo es. Si le das esa categoría antes de empezar, tal vez seas tú el que muerda el polvo por no habértelo tomado en serio.

Me mira como si me hubieran salido dos cabezas.

—Eso mismo nos ha dicho Erik. Supongo que esto te lo ha dicho otras veces.

—Él no, su padre lo decía cuando jugaban al fútbol en el jardín de su casa.

—¿Casa o mansión? Porque ese niño bonito es un marquesito y sus padres son duques. —Se ríe—. Joder, quién pillara esa vida… Seguro que siempre ha vivido entre algodones, y a nosotros nos trata fatal.

—Te aseguro que no. Su padre trabaja como el que más, y su madre también. Hoy me estás empezando a caer un poco mal —le digo sincera.

—Lo siento, he tenido movida en casa. Ya ves, a unos les sobra el dinero y a otros nos falta hasta para comer. Han despedido a mi padre esta mañana.

—Lo siento… Si puedo hacer algo por ti…

—Nunca aceptaría limosna de nadie, he conseguido un trabajo. A ver cómo lo puedo compaginar con el fútbol y los estudios.

—¿Sabes? Puede que yo ahora no necesite el dinero, pero la vida da muchas vueltas y, si un día lo pierdo o me quedo en la calle con la soga al cuello, me gustaría pensar que la gente no me dejaría ahogarme y me echarían una mano. No es darte limosna ni tenerte lástima, es convivencia: hoy por ti y mañana por mí.

—Vaya, dos lecciones en un solo día, Summer. Me estás dejando por los suelos. —Sonríe—. Lo tendré en cuenta. —Me guiña un ojo—. Siempre puedes venir todas las tardes a la cafetería, pedirte el café más caro y darle limosna al camarero más guapo.

—Ummm…, lo pensaré.

No tarda mucho en irse con sus compañeros. Algunos ya han empezado la fiesta y van algo bebidos. Se nota que pasan de este partido porque lo dan por ganado.

Ojalá pierdan.

Poco antes de que empiece el partido vamos hacia allí. Llevan tres años seguidos ganando la liga universitaria. El anterior capitán fue mi amigo Mathew, que ahora solo se dedica a su carrera y, aunque recibió una gran oferta para jugar al fútbol en un buen

equipo, dijo que no para hacer lo que le gustaba y también trabajar junto a su padre en las empresas. El que sigue triunfando es Neill, que ha sido fichado por otro equipo, convirtiéndose en el fichaje más caro de la liga profesional.

Nos sentamos bastante alejados del campo. Los mejores asientos son para familiares e invitados de los miembros del equipo.

Una vez que le dejo mis cosas a Dalia, voy a comprar algo para beber y cenar. Al final opto por unos perritos calientes y cervezas frías. Me dan una bandeja de cartón para poder llevarlo todo. Llego a donde están mis nuevos amigos y Dalia me quita todo de las manos para que pueda sentarme.

El partido empieza y, como ya se esperaba, los del equipo de Erik, menos este mismo, Joel y dos más, no dan pie con bola. Erik se cabrea con uno de sus compañeros cuando casi les meten un gol. De nada sirve, porque empiezan a caerles un gol tras otro.

Se lo merecían y solo me sabe mal por Erik, que se toma en serio esto y es en el campo donde sí veo al cien por cien a mi amigo, poniendo toda su alma.

El partido acaba y pierden uno a cinco. El único gol del equipo local ha sido cosa de Erik.

—Qué fracaso —dice Dalia.

—A mí me da igual, yo solo vengo para verlos sin camiseta. —Fara se levanta con Aída cuando empiezan a quitarse las camisetas y grita como una loca.

Me fijo en que algunas animadoras se lanzan encima de los jugadores y les tocan los pectorales con descaro.

A Erik no se le acerca nadie. Entre el cabreo que tiene y su habitual cara de perdonavidas, ahora mismo todos prefieren evitarlo.

Nos vamos hacia el *pub*, donde seguramente luego irán muchos del equipo, aunque no sé a celebrar qué; les acaban de meter una manita entera de goles y ha sido por su culpa.

Entramos en el *pub* y nos pedimos algo para beber. Cada uno paga una ronda. A mí me toca la última y esta vez no pido nada para mí. Me gusta ir con el puntito, pero no estar borracha y no saber ni lo que hago.

Dalia tira de mí hacia la pista y bailamos disfrutando de las canciones sin hacer mucho caso a los moscones que se nos acercan.

—Dime que no has visto nuestra derrota —me dice Joel al oído pasando una mano por mi cintura.

—Te mentiría, y lo siento, pero me alegro. —Me vuelvo y le sonrío. Pone mala cara por mi comentario, aunque enseguida sonríe también.

—Supongo que lo merecemos, por ir de listos.

—Totalmente. Espero que el entrenador os diera una buena charla.

—No mucha, solo nos ha prohibido beber y salir de fiesta antes del partido o nos quedaremos sin jugar. Erik sí se ha cabreado; ha dicho que otra derrota así y se marcha. Y aunque algunos se alegrarían, la gran mayoría sabe que es él quien tira del equipo, y no el entrenador.

Joel mira hacia un punto de la sala y allí, solo, veo a Erik. Nos mira un segundo antes de darse la vuelta.

Me pregunto por qué lo hace, por qué está aquí solo sin dejar que nadie ocupe su espacio.

Joel tira de mí para bailar y me dejo llevar hasta que uno de sus compañeros se lo lleva para echar una partida de billar. Yo prefiero quedarme en la pista de baile.

De repente, sin saber cómo, me veo metida en medio de una pelea. Uno de los del equipo de fútbol y otro del de baloncesto. Casi me dan, pero alguien me atrae a su pecho, evitando el golpe.

Mi corazón late con fuerza y no es por el miedo, es porque es él. Es Erik. Y no sé si alegrarme o no de que mi cuerpo recuerde tan bien su contacto.

CAPÍTULO 7



SUMMER

—Vamos.

Tira de mí fuera de la pista; se han sumado a la pelea varios compañeros de ambos y va a ser difícil separarlos.

Erik me coge de la mano y nos dirigimos hacia una puerta trasera. Salimos y una fina capa de lluvia nos recibe. A ninguno parece importarnos. Nos alejamos de aquí sin decir nada. Mi chaqueta estaba junto a la de Dalia, pero por suerte llevo el bolso colgado y en él están mi móvil y las llaves de casa.

La lluvia empieza a caer con más fuerza y me detengo para sentir como las gotas acarician mis mejillas.

—No me puedo creer que te siga gustando la lluvia.

—Me encanta, y más si bailas bajo ella. —Le sonrío y lo miro con la cara mojada y el maquillaje seguramente corrido—. Dicen que en eso me parezco a mi tía Laia, que a ella le gustaba bailar bajo la lluvia.

—Tu tía Laia es muy fuerte.

—Lo es, sí. Construyó una familia olvidando las razones que tenía para sentir miedo.

Mi tía Laia casi fue violada por su novio cuando era joven y esto le hizo entrar en un estado de pánico y depresión que, si no fuera por su familia y por el que es ahora su marido, Adair, no hubiera superado.

En mi familia nunca se ha ocultado esa historia. Mi padre dice que es parte de la vida de su hermana y que al recordarla no solo ven lo mal que lo pasaron por no poder llegar hasta ella, sino también la fuerza que demostró para salir y cómo poco a poco su bonita sonrisa se pintó de nuevo en su cara.

La verdad es que tiene que ser horrible que te pase algo así.

—No sé qué atractivo le ves a mojarte.

—Eso es porque tú no sabes apreciar las cosas buenas de la vida. Siempre andas con esa cara de perdonavidas. —Alzo la mano y le acaricio la mejilla antes de pintarle con mis dedos una sonrisa. Él también está empapado—. Ves, así estás mucho más guapo.

—Pierdes tu tiempo conmigo, Sum, y más tras lo que te hice…; no sé qué te hace seguir hablándome.

—¿Quieres la verdad, Erik? —Asiente—. Al principio te odié. Aunque tras tu accidente estuve cerca, no te soportaba. Te fuiste y empecé a verlo todo desde otro prisma, al advertir la mirada de dolor que tenías ese día. Siento que algo te hizo ser así.

—Nada me hizo ser así salvo mis decisiones.

—Eso es cierto, tú decidiste ponerte a beber y a drogarte como si no hubiera un mañana. Pero ¿solo porque te juntaste con mala gente? No lo creo.

—Acepta que nuestra amistad pasó…

—¿Y por qué tiene que ser así? Ya no somos esos críos. Somos adultos y yo ya no siento nada por ti. —La mirada de Erik se oscurece—. Pero sí echo de menos a mi amigo.

—Esto no puede salir bien —dice empezando a andar hacia donde están nuestras casas.

Lo sigo, poniéndome a su altura.

—¿Por qué?

—¿De verdad me has perdonado? —Asiento.

—Era la única forma de seguir adelante, de poder…

—… estar con otros —acaba por mí la frase y asiento—. Por lo que sé no tienes novio, así que muy bien tampoco elegiste después de mí.

—Salí con un par de chicos, pero no eran lo que yo esperaba y los dejé.

—A Joel le gustas, se le nota, y no es mal tío, aunque tiene unos amigos que dan pena.

—Y que juegan fatal al fútbol estando borrachos. ¿Sigues enfadado por la derrota? —le pregunto.

—No me enfada perder, estoy preparado para ello. Me jode hacerlo sin haber luchado al cien por cien. Hemos regalado el partido porque no se han tomado en serio al rival.

—Eso es cierto.

La lluvia se hace más intensa y casi me caigo, pero no lo hago porque Erik me sujeta tras decir una palabrota. Coge mi mano y hacemos corriendo el trayecto que queda.

Me encanta sentir de nuevo nuestras manos entrelazadas y me molesta que me guste tanto. Que su contacto siga haciendo estragos en mi piel y que, al mirarlo a la cara, no pueda dejar de admirar cada ángulo de esta.

Llegamos a la urbanización y nos metemos en una zona cubierta, por la que vamos andando hacia mi portal. Erik suelta mi mano y me cuesta mucho no caer en la tentación de buscar de nuevo la suya.

—No ha sido tan difícil —le digo ya en la puerta de mi portal.

—¿El qué?

—Hablar como antes.

—Nada será como antes, Sum.

—Ni yo quiero que lo sea, pero quiero saber cómo eres ahora, Erik, con todas y cada una de tus taras. No quiero de ti una versión perfecta que oculte todo lo que te ha hecho ser quien eres ahora.

—Sigues siendo una fantasiosa, por eso te gusta actuar.

—Y aparte porque puedo empatizar con cientos de personajes. Es superemocionante dejar de ser tú misma por unos instantes y ser otra persona que siente y padece como ella.

—No funcionaría.

—¿El qué?

—Lo nuestro, como amigos.

—Eso nunca lo sabrás si no lo intentas. Además, no tienes una cola enorme de amigos.

—Yo no me he alejado de la gente, Sum. La gente da por hecho que no quiero saber nada de ellos.

—Es que parece que no los necesites.

—Es que no los necesito para ser feliz. —Algo en su forma de decir eso me hace mirarlo a los ojos.

—¿Por qué siento que lo dices porque nada ni nadie puede hacerte feliz? —Aparta la mirada.

—No veas cosas donde no las hay. Me marcho. ¿Llevas llaves? —Asiento—. Nos vemos.

Empieza a alejarse con paso tranquilo. Sé que debería callarme, pero algo en su triste mirada me hace hablar.

—Erik —se detiene y se vuelve para mirarme—, yo siempre he estado aquí, aunque tú no me buscaras. Y lo sigo estando.

—Eres masoca, entonces.

—Lo soy, pero también te digo que no voy a ir detrás de ti. El próximo paso lo tienes que dar tú.

—¿Y qué te hace pensar que quiero hacerlo?

—Nada, solo lo espero.

Se marcha sin decir nada y lo que escuché de su madre alguna vez cobra más sentido en mi mente. A Erik le pasó algo que le hizo meterse en toda esa mierda. Yo no lo creía. El problema es que, cuanto más hablamos, más veo en sus ojos la tristeza que lo asfixia y en sus actos ese deseo de intentar volver a ser quien fue.

Y si hay algo que le hizo ser así, quiero descubrirlo.

ERIK

Llego a mi casa con la ropa empapada. No dejo de ver a Summer bajo la lluvia, riendo feliz. Sus ojos relucían con una vida que yo hace años perdí.

No sé qué me hace seguirla. Algo tira de mí para saber de ella. Ojalá no hubiera acabado estudiando en esta universidad. Todo era más fácil cuando no veía en sus ojos la esperanza de que todo pudiera volver a ser como antes.

Nada será nunca como antes.

Me doy una ducha caliente y me pongo algo cómodo para dormir. Solo entonces abro el cajón de mi mesilla y veo las fotos que nos hicimos los dos en un fotomatón. Summer sonríe de pura felicidad, yo tengo los ojos vidriosos por toda la mierda que me había metido.

Me siento despreciable por haber estado con ella así de puesto… y por no recordar nada de nuestra única cita.

No recuerdo ni uno solo de nuestros besos. Todos se los di hasta arriba de pastillas. Me doy asco a mí mismo y más porque me encantaría recordar a qué saben sus rojos labios.

Mirar estas fotos me recuerda todo lo que perdí y lo idiota que era. Pensaba que yo lo controlaba todo. Que cuando quisiera podría dejar ese mundo. Que las drogas y el alcohol no me controlaban…, hasta que tuve el accidente, que casi me mató, y me di cuenta de la realidad. Y lo más triste es que en ese momento no sé si hubiera preferido que todo acabara.

Solo los gritos de dolor de mi madre y sus llantos me hicieron decir basta.

Le estaba haciendo daño, y por ella quise cambiar.

Pienso en lo que me dijo Summer de ser amigos. No creo que funcione; ella espera de mí que sea como era antes. Ese niño que se reía por todo y que era amigo de sus amigos…, ese estúpido que se fiaba de todo el mundo.

Ya no soy así, y no sé si quiero que esté cerca de esta nueva versión de mí mismo o una vez más la alejaré de mí, aunque me muera por un segundo más a su lado.

CAPÍTULO 8



SUMMER

Entro en la cafetería donde trabaja Joel. Necesito un respiro de las clases. Esta semana he estado hasta arriba de trabajos. Lo bueno han sido los ensayos de teatro. Cada día me gustan más, y he superado varias fases para poder ser la protagonista de la obra.

Todos dicen que es por enchufe, como si mi padre hubiera pagado para que esto pasara. Mi padre nunca haría algo así. No quiero que me regale nada; demasiado duro es ya poder triunfar sin que la gente piense que si lo haces es solo por el apellido que tienes y no por quién eres.

Todos piensan que lo voy a tener más fácil, pero yo no lo veo así, porque siempre habrá gente que dirá que mi padre tiene más carisma. Que mi padre es mejor, y tendré que pasarme la vida dando el doble de mí en este mundillo para que un día no piensen que llego lejos solo por ser hija de quien soy.

Me siento en un taburete frente a la barra. Joel está atendiendo a una joven y, en cuanto me ve, me saluda.

Tal vez no debería estar aquí, pienso al ver su amplia sonrisa. Yo solo busco un amigo, pero él, no lo sé.

—¿Tienes en mente algo o prefieres que te sorprenda?

—Sorpréndeme. Y espero que esté bueno.

—Eso seguro, lo hago yo.

Sonríe y se marcha a preparar lo mío y lo de otros clientes, que le piden cafés sin ni siquiera esperar a que les atienda. Esta cafetería tiene mucha gente. Por lo que sé, Debbie, la prometida de Neill, estuvo aquí trabajando un tiempo.

Yo también tenía en mente trabajar, pero ahora no sé de dónde podría sacar el tiempo. Admiro aún más a los estudiantes que lo hacen sin descuidar su carrera. En ese sentido sí que sé que tengo suerte, pues económicamente no lo necesito.

Joel me trae el café… o eso creo que es. Pues lleva hasta un dónut encima, con la pajita en el centro. Lleva chocolate por las paredes y almendritas caramelizadas pegadas al borde.

—Es una suerte que no me preocupen las calorías. —Se ríe.

—Están de moda. Espero que te guste.

—Seguro que sí. De aquí me voy derecha a hacer deporte.

Lo pruebo como puedo. Me lleno de chocolate los dedos al coger el vaso. Le pido un plato para poder separar el dónut y los bombones que he visto también dentro. Entiendo que esté de moda, pero no sé si me gusta. El dónut, cuando lo pruebo, está empapado y los bombones, también. Eso sí, queda muy chulo en las fotos y lo mando al grupo de familia y a Esme, y hago algo que no suelo hacer muy a menudo, lo subo a mi Instagram, participando de manera gratuita en este medio de publicidad.

Mientras me lo tomo, me entretengo leyendo los comentarios. Todos dicen que tiene que estar delicioso, pero yo no lo veo así. Se me ha hecho empalagoso y pesado. Y me pregunto si el que sea tan llamativo es para gustar o para ser fotografiado y llamar la atención.

—¿Te ha gustado? —me pregunta Joel cuando tiene un rato libre.

—¿La verdad?

—Siempre.

—Es muy empalagoso y el dónut me gusta más sin estar empapado.

—Vaya…, otro día te preparo otra cosa.

—¡Claro! —Sonríe feliz por ese próximo día y, tras pagar mi empalagoso café, me marcho a casa.

Poco antes de llegar me empiezo a notar el estómago revuelto y me sube ardor. Entro

en el piso y busco en el botiquín del cuarto de baño algo que me alivie. No encuentro nada y tampoco hay manzanillas ni nada digestivo que me ayude.

Frustrada y con algo de angustia, me siento en la cama a mirar el móvil. Veo un nuevo mensaje privado de Instagram de alguien que no conozco y que me pide solicitud; le doy a ver de quién se trata:

> ¿En serio eso está bueno? Seguro que ahora tienes un dolor increíble de estómago. Nunca te sentaron bien los potingues de comida como a tu tía.

Me sorprende que Erik me escriba. No tiene ninguna foto en su muro y la de su perfil es una puesta de sol desde el patio de su casa.

> **@Summer:** Si te soy sincera, ahora mismo necesito con urgencia una manzanilla o un digestivo.
>
> **@Erik:** No me extraña, deberías tomártelo.
>
> **@Summer:** Me lo tomaría si hubiera en esta casa. Ni Dalia ha comprado ni a mí se me ha ocurrido pensar que todas estas cosas que mi madre siempre tiene en casa no se compran solas.

Tarda en escribir y pienso que ya se ha cansado de seguir esta charla que él mismo ha iniciado, hasta que me llega un nuevo mensaje:

> Te preparo algo para ese dolor, te espero en mi casa.

No le digo «ok» ni nada. Ambos sabemos que iré.

Me pongo ropa cómoda y voy hacia su casa solo con las llaves y el móvil. Si he de ser sincera, estoy algo nerviosa por estar de nuevo a solas con Erik, aunque quiero creer que es por esta emoción de estar recuperando a un buen amigo.

Llego a su casa y toco al timbre. Erik no tarda en abrirme y me cuesta no quedarme con la boca abierta ante la imagen que tengo ante mí. Lleva un pantalón de pijama ancho de color gris y una camiseta blanca de manga corta que se le pega al cuerpo, mostrando la musculatura que tiene. Nunca he visto un cuerpo masculino que me pareciera tan perfecto.

—Hace mucho calor en mi piso —dice como excusa por ir así.

—Me da igual cómo vayas, como si te hubiera dado por ir desnudo.

—Ya, claro.

Entro y cierra la puerta. Veo que, a diferencia del otro día, hoy su piso presenta un mayor desastre. Hay libros medio abiertos por todos lados y se nota que está estudiando.

—No quiero molestar…

—Te encanta estar molestándome en mi casa. —Va hacia la cocina y regresa con una taza humeante—. Ten.

—Tú me has invitado, y pensaba que me darías los sobres de manzanilla y adiós.

—Si te quieres ir…

—No, ahora me quedo. Gracias por la manzanilla.

Me siento en su sofá. Erik lo hace en un sillón cercano. Ninguno de los dos dice nada hasta pasado un rato, mientras me tomo lo que me ha preparado.

—¿Estabas estudiando?

—Sí.

—Yo debería estar estudiando, esto es un no parar. Me gustaría volver a mis días de instituto.

Emite una pequeña sonrisa que me deja petrificada.

—Bienvenida a la vida real.

—La verdad es que no es como lo imaginé todo.

—¿Y cómo lo imaginaste?

—Sabía que sería duro, pero no tanto. Fíjate que pensaba que podría trabajar y todo, y vivir esta experiencia trabajando. Ahora lo veo imposible.

—Es complicado, sí, te lo puedo asegurar.

—¿Por qué lo dices?

—¿De verdad piensas que mi padre, después de haber despilfarrado su dinero, iba a

dejar que me fuera de rositas tras mi recuperación?

Pienso en Albert, su padre, con esa cara de perdonavidas que tiene. Aunque es un pedazo de pan, con solo una mirada puede hacerte temblar. No, no me lo imagino diciéndole que no pasa nada y no dándole una lección, la verdad.

—¿Qué te hizo?

—Fui a rehabilitación, eso no podía ignorarlo. Estaba más metido en toda esa mierda de lo que pensaba.

—Por lo que dices, parece como si creyeras que podías salir cuando quisieras.

—Me creía el puto amo, Sum, claro que creía que podía salir cuando quisiera.

—Entonces eres más tonto de lo que pensaba. —Emite una media sonrisa—. ¿Fue tu accidente lo que hizo que todo cambiara?

—En gran parte, sí.

—Fue muy grave. —Me recorre un escalofrío.

Cuando pienso en ese día siento que alguien se lleva el aire de mi pecho. Nunca he sentido tanto miedo como cuando pensé que podría pasarle algo a Erik.

—No recuerdo cómo llegué a coger el coche, y mucho menos el accidente. —Aparta la mirada—. Me aterraba que por mi imprudencia pudiera haber herido a alguien.

—Suerte que no pasó nada.

Miro su cicatriz en la mejilla. Todo quedó en un susto que cambió su vida.

—Tras la rehabilitación, mi padre me llevó a la casa donde él había vivido con mi madre cuando renunció al dinero que le correspondía por nacimiento, para no tener nada que ver con mi abuelo, que les había estado haciendo la vida imposible, y decidieron vivir de lo que conseguían por sus propios medios antes de que mi madre heredara un ducado con una cuantiosa suma de dinero. Me dejó sin nada y me dijo que, si quería volver a casa, tenía que demostrarle que me podía buscar la vida. Que desde ese momento no me pensaba dar un duro.

—Seguro que lo cumplió.

—Sí. Por lo que sé, mi madre pensaba que estaba en otro lugar, para que no cayera en la tentación de venir a darme dinero. Los comienzos siempre son duros. Busqué trabajo y acabé fregando platos en una hamburguesería, y lo tenía que compaginar con estudiar y llevar la casa. Perdí mucho peso los primeros meses.

—Me lo puedo imaginar. Yo ahora, con tal de no cocinar, meto lo primero que pillo en el microondas. ¿Y qué pasó después?

—Seguí trabajando hasta acabar los estudios, y luego en la universidad igual. Mi padre sigue cumpliendo su palabra.

—Por eso estás en este ático y no en otro lugar más lujoso.

—No sé si a estas alturas preferiría otro sitio. Me gusta este —me confiesa.

—Es muy bonito. —Asiente—. ¿Y dónde trabajas?

—Ahora, para mi padre, me manda trabajo todos los días para su empresa.

—Y lo tienes que compaginar con los estudios.

—Es lo que hay. Toda acción tiene sus consecuencias.

—Y que lo digas. —Me termino la manzanilla con miedo de que todo esto acabe ahora. Ya nada me retiene aquí—. Me alegro de que decidieras seguir viviendo.

—No es lo mismo vivir que sentirse vivo, Sum. —Se levanta, parece tenso. Como si se arrepintiera de este momento de confidencias—. Tengo que seguir trabajando.

—Como quieras. —Voy hacia la puerta de su casa y me vuelvo para mirarlo—. Sigo aquí, Erik, y yo puedo enseñarte a vivir de verdad.

No dice nada, pero en sus ojos veo lo suficiente para seguir a su lado. Quiero saber qué oscurece sus ojos grises, porque siento que mi amigo, la persona que me enamoró, sigue ahí, luchando contra lo que sea que le pasó que no le deja seguir hacia delante.

CAPÍTULO 9



ERIK

Mi padre me ha hecho acudir a su despacho. Aparco el coche en mi plaza y subo a verlo. Ya le he escrito para decirle que estaba de camino, así que supongo que me estará esperando.

Llego a su planta y me fijo en el trasiego que hay de gente que va de un lado a otro. Mi padre, junto con dos amigos, tiene esta empresa que se encarga de exportar y transportar mercancías de un lado a otro del mundo. Cuanto mejor va la economía, mejor les van las cosas, porque más gente comercia con sus productos. Y ellos les garantizan que todo llegue a buen puerto y pasando por las mejores manos.

Muchas empresas que están empezando vienen a pedir consejos para poder expandirse fuera. Y ahí es donde entran en juego mi padre y sus socios. Les buscan clientes extranjeros y median entre ellos para poder llegar a un acuerdo.

Por lo que sé, antiguamente mis antepasados tenían barcos de carga y cobraban una pasta enorme para que la gente pudiera usarlos para enviar cosas a otros países. En mi familia ha habido siempre muchos desgraciados aprovechados, entre ellos mi abuelo, que cuando yo peor estaba trató de separarme de mi familia.

Me llevan hacia un despacho y al entrar veo a mi hermana, cinco años menor que yo, al lado de mi madre. Son muy parecidas, ambas con el pelo pelirrojo, salvo en los ojos, ya que Alana tiene los ojos oscuros y mi madre grises, como yo.

Mi hermana, al verme, se lanza hacia mí y me abraza con fuerza. Ella era pequeña cuando todo pasó, y aun así, un día me dijo que lo pasó muy mal, porque por las noches escuchaba a nuestra madre llorar y me odiaba por hacerle eso. Por suerte todo eso ya es pasado. El problema es que, al mirar a mis padres, no puedo evitar recordar lo mal que se lo hice pasar y me cuesta perdonarme a mí mismo.

—Hola, hijo. —Mi madre me da un cálido beso en la mejilla cuando mi hermana se aparta un poco—. ¿Qué tal las clases?

—Bien. —Mi madre sonríe; ya nada queda en su mirada de ese dolor tan profundo que le causé.

Están ellas dos solas en esa sala de reuniones. Las miro extrañado, pero por suerte la puerta se abre y aparece mi padre junto a Matt y Robert, el padre de Esme. Los tres socios.

—Hola, hijo, ¿todo bien? —Mi padre me tiende la mano. Asiento y se dirige hacia la mesa.

Mi padre no es de besos y abrazos, salvo con mi madre. La gente piensa que es frío, pero porque no lo conocen. No me ha dado un abrazo, pero he visto en sus ojos cómo se alegra de verme y de tenerme aquí.

Hace años mi madre nos dijo que había que aceptar a las personas como eran y no esperar de todos lo mismo, pues tal vez nos pasaríamos la vida esperando un imposible en vez de invertir ese tiempo en aprender a conocer a la persona que tenemos delante y saber ver en sus detalles que se puede decir «te quiero» de mil maneras diferentes.

Tenía miedo de que no entendiéramos a nuestro padre, que siempre estaba trabajando. Temía que no supiéramos verlo como ella. Pero eso no es así; mi hermana y yo sabemos cómo es cada uno y no esperamos más.

Mi padre nos informa de que una de las empresas está dando problemas. No va bien desde hace años y está arrastrando al resto de las subempresas a su cargo. No querían cerrarla por los trabajadores, pero están viendo que, si no lo hacen, eso arrastrará al resto de las empresas y el número de despidos será mayor.

Estamos aquí mi madre, mi hermana y yo porque mi padre fue el fundador de esto, el que más dinero puso, y por eso posee un uno por ciento de más y es el que tiene más poder.

No lo ejerce nunca, salvo hace años, cuando nos metió a los tres en esta empresa, y se necesita nuestra firma para este tipo de asuntos.

Mi madre y mi hermana firman visiblemente afectadas y a mí me pasa lo mismo. No es fácil saber que estamos rubricando el cierre de una empresa.

Me voy de aquí hecho una mierda por todas esas familias que se van a ver afectadas. A algunos trabajadores los van a reubicar, sobre todo a los más mayores. Es triste, pero el grado de experiencia llega un momento en que no tiene validez alguna si no lo acompaña la edad.

La gente quiere personal joven y esto hace que muchas personas sumamente preparadas se vean en la calle porque nadie quiere contratarlas. Es duro.

Seguramente, de no haberme puesto mi padre a ganarme la vida y de no haberme pasado lo que me pasó, todo esto no me preocuparía tanto. Pero sé lo que es no tener nada más que mi orgullo para no implorar a mi padre un poco de dinero.

Me he rodeado de personas de todas las edades en mis trabajos y he empatizado con ellos. Aunque no habláramos mucho.

Para saber cómo es alguien no hace falta hablar sin sentido, solo observar los detalles.

Mi vida habría sido muy distinta si no me hubiera pasado todo aquello. Y aunque doy gracias por no ser un niño de papá que solo sabe vivir del dinero de su familia, no hay día en el que no añore lo que podría haber disfrutado en lugar de haber acabado haciendo lo que hice.

Llego a la universidad sin muchas ganas de estar solo en mi casa tras lo que hemos hecho. Por eso acabo entrando en el teatro, donde sé que están dando clase.

No soy el único que ha entrado para ver cómo van las representaciones. Puede acudir quien quiera. Y hay varias personas dispersas por los viejos asientos.

Me siento hacia la mitad y espero que empiecen las clases.

No puedo decir que no sepa qué hago aquí, pues sé que ahora mismo necesito estar al lado de la única persona que, sin saberlo, me da paz.

No puedo estar lejos de ella. No sé cómo hacerlo ahora. Era más fácil cuando ella evitaba los encuentros de nuestros padres y cuando estábamos lejos. Ahora se me acaban las excusas para no buscarla.

El profesor de teatro les pide una escena y sale un rubio que va de guapo seguido de Summer. Esta va leyendo el guion, con un vestido antiguo superpuesto encima de su ropa.

Lleva el pelo rubio recogido en una coleta y, como siempre, no va muy maquillada. No le hace falta.

La escena empieza y Summer deja caer el guion. Es una escena de amor y veo en los ojos de Summer toda la fuerza y la pasión que siempre pone en todo lo que hace.

De niña siempre era así. Al principio no éramos muy amigos. Me interesaba más la consola que las hijas de las amigas de mi madre.

Pero cuando yo tenía ocho años todo cambió. La vi sola entre las sábanas que habían tendido a secar los trabajadores de mi casa, jugando a que eran las cortinas de un gran teatro y ella la actriz más esperada.

Me quedé a verla sin delatar mi presencia. Summer solo tenía seis años, pero ya se le notaba que aquello la hacía feliz. Se reía mientras interpretaba su propia historia de amor y me costaba no reírme y llamar al resto de mis amigos para que hicieran lo mismo.

Cuando me vio, se puso roja y esperaba mis risas. Me acerqué a ella y le dije:

—No ha estado mal, será nuestro secreto.

Me sonrió, haciendo que se iluminara toda su cara, y fue como si la viera por primera vez. En ese instante comprendí que haría lo que fuera por volver a ver su sonrisa.

La escena que estoy viendo ahora va muy bien hasta que llega el momento «beso de pasión». Summer besa al chico, pero se tensa y su mirada no refleja esa fuerza.

—¡Corten!

—¡No puede ser ella! —grita el capullo que acaba de besar a Summer—. ¿No ves que es una jodida virgen que no sabe expresar lo que es desear a un hombre?

—Será que tú le resultas repugnante y no puede fingir que te desea. —Me miran; no he podido evitar hablar.

—¡Y tú qué sabrás de teatro o de arte! No eres más que un futbolista —lo dice con

desprecio. Sonrío y me levanto.

Summer no deja de mirarme.

—¿Y qué pasaría si te demostrara que sí sé de esto?

—Te besaría los pies —dice el capullo riéndose y haciendo que varios de los que hay aquí hagan lo mismo.

Subo al escenario y cojo el guion que ha dejado Summer en el suelo; ella no deja de mirarme asombrada. Lo repaso y me aprendo las frases de esta escena.

Asiento y el director de la obra pide al que ahora sé que se llama Darío que se baje del escenario.

Nos quedamos Summer y yo solos.

—Estás loco —me dice con una sonrisa. Una de esas por las que sería capaz de todo, hasta de hacer el ridículo actuando.

—Como en los viejos tiempos —le digo antes de empezar; y es que hace años la ayudaba a aprender guiones y tenía que actuar con ella.

Su sonrisa se amplía y empieza a hablar, dando pie a mi texto.

La cosa va bien; siempre hemos actuado bien juntos, aunque a mí esto no es que me encante. Me defiendo.

Cuando llega el momento del beso, no la dejo dudar y la beso.

Y sé que, aunque nunca lo reconozca, quiero este beso, por todos los nuestros que por culpa de las drogas no recuerdo y que me encantaría no haber olvidado jamás.

SUMMER

Erik me besa como parte del guion. Cuesta recordarlo cuando mis labios responden a los suyos y me pierdo en él. En lo que me hace sentir.

Me trae recuerdos de cuando estuvimos juntos. De cómo yo lo besaba por amor y él por una apuesta.

Nos separamos. Erik me mira serio, yo triste.

Sus besos son el recuerdo de lo buen actor que es cuando quiere.

—¡Perfecto! —dice el director separándonos—. Te quiero en mi obra —le dice a Erik.

—¡Eso no puede ser! —estalla Darío—. ¡Yo iba a ser el protagonista!

—Serás el suplente. Te falta pasión —le dice a la cara.

—Yo no quiero formar parte de esta obra. Solo lo he hecho para que este me acabe besando los pies.

Darío se enfada más.

—Ni en tus mejores sueños.

—Eres muy bueno, tienes un talento especial. Y al lado de Summer la haces brillar con más fuerza… —insiste el director.

—No quiero hacerlo. A ella le gusta todo esto, a mí no.

—Es una lástima. Summer no está a la altura del papel.

—¿Tratas de chantajearme?

—No, podéis iros, tengo que seguir haciendo pruebas para ver quiénes serán los protagonistas. Ya no lo tengo tan claro.

Recojo mis cosas y me marcho sin mirar a Erik, que me sigue de cerca.

—Has hecho bien en negarte.

—Pareces enfadada.

—Es lo que tiene recordar. Eres muy buen actor, Erik, en el fondo te pega actuar en esa obra.

Me detiene y me da la vuelta para que lo mire. Alza mi cara y ve las lágrimas que trato de ocultar.

—No puedo borrar el pasado.

—Lo sé. Se me pasará, tengo que practicar más y no parecer una jodida virgen.

—¿Lo eres?

—¿Qué más te da? Tú no lo eres.

—Por desgracia, no. —Su mirada se oscurece—. No me siento feliz por mi pasado con

unas y con otras. A la mitad ni siquiera las recuerdo.

—No puedo decirte que lo siento, todo eso fue tu culpa.

—Lo sé.

—Como el que actuaras para mí y me engañaras.

El gesto de Érik se endurece y aparta la mirada un segundo antes de centrarla en mí.

—No voy a actuar, no es lo mío, pero sí puedo hacer algo por ti.

—¿El qué?

—Que actuemos juntos en mi piso. Puedo ayudarte a que saques todo lo que desde hace años yo vi en ti.

—¿Me vas a enseñar cómo mostrar más pasión?

—Solo será una interpretación.

—Algo que se te da muy bien.

—Claro. ¿Qué me dices?

—Que lo pensaré. No te mereces una respuesta ahora.

Me marcho necesitando estar sola y para poder asimilar que, aunque una vez más solo era una actuación, no he dejado de sentir que para mí ese beso sí era real.

CAPÍTULO 10



SUMMER

Tocan el timbre de casa de mis padres, donde estoy sola. Abro y Esme se tira a mis brazos, tan exagerada como es ella.

—¡Cómo te he echado de menos! —Se separa y me mira con esos ojos verdes que tiene.

—¡Y yo a ti! ¡Casi no saco tiempo para escribirte! No quiero que pienses que paso de ti…

—Somos amigas de verdad, de las que saben que hay uniones que nada puede romper. Nosotras siempre estaremos ahí para la otra. —En este caso la abrazo yo a ella.

—No sé qué hacer de comer —le reconozco.

—Podemos comprar carne y hacer algo a la brasa.

—Sí, o pedir unas pizzas y así nadie cocina.

—Estoy de pizzas y de comida basura hasta… —me reconoce sentándose en uno de los sofás.

Llegamos anoche de nuestras respectivas universidades, pero tras tanto tiempo sin ver a nuestras familias, pasamos la velada con ellos. Hoy nuestros padres tenían una de sus famosas barbacoas y, como siempre solemos hacer, nos quedamos en mi casa aprovechando que estamos solas.

Esme saca el móvil y escribe a alguien. Al poco rato parece que le responden, porque sonríe.

—Mathew, junto con Ewan, se apuntan a hacerla ellos e ir a comprar.

—Qué morro tienes.

—A Mathew le gusta ir de que sabe hacerlo.

—Es que sabe hacerlo. Cocina mejor que nosotras dos juntas. —Esme se ríe.

—La verdad es que sí. Y, bueno, cuéntame qué tal la universidad, me dices poco y no sé si ya te has tirado a un atractivo universitario. —Me río por su forma de decirlo. Cómo la he extrañado.

—No se ha dado la ocasión.

—Ya se dará. Pero seguro que hay alguien.

—Bueno, hay un chico —le cuento, refiriéndome a Joel.

—¿Y está bueno?

—Es mono…

—Entonces pasando. Si te gustara me dirías que es el hombre más guapo de la tierra y que te pone mucho. —Le lanzo un cojín y lo atrapa entre risas—. No te conformes con alguien que te atrae, ya sabes que no te ha salido bien otras veces.

—Erik y yo hemos vuelto a vernos. —Esme se queda callada.

—No va a salir bien. Ha cambiado, pero no para bien. Es un triste, y las personas así solo te arrastran a su mierda y acaban por apagarte.

—No creo que Erik sea un triste, hay que saber leer entre líneas.

—Summer, Erik te humilló, no lo olvides.

—No lo hago, no me quiero volver a enamorar de él, lo tengo claro, pero sí quiero que seamos amigos.

—No creo que sea bueno.

—No veo por qué no.

—Tú misma lo has dicho, no quieres volver a enamorarte. —Asiento—. Uno no se puede volver a enamorar de alguien a quien nunca ha dejado de amar.

—No me gusta ya.

—Ya, claro, ¿y si te preguntara cómo es Erik? Seguro que no me dirías «es mono», me dirías que te enciende la piel.

Me sonrojo al recordar uno más de nuestros falsos besos.

—Solo lo quiero como amiga, te lo puedo asegurar.

—Eso espero, porque yo no he perdonado lo que te hizo.

—Eso es porque tú eres dura de roer para perdonar a alguien.

—Es lo que hay. Y ahora, vamos a preparar algo, que no se diga que no sabemos cocinar.

Preparamos una ensalada con casi todo lo que pillamos en la nevera de mis padres. De ligera no tiene nada, pero como lleva verde, parece que engorda menos.

Mathew llega con los demás y no solo han traído carne, sino también helados de la heladería de Elen, que es la mejor del pueblo. Ponemos la música más alta y preparamos todo para nuestra fiesta particular, sin padres hablando de sus temas aburridos, esos que solo a ellos les hacen gracia. Sobre todo cuando reviven cosas del pasado y se ponen entre alegres y nostálgicos.

Estamos a punto de empezar a comer cuando suena el timbre de la puerta. Extrañada por quién pueda ser a estas horas, voy a abrir.

Abro tras comprobar de quién se trata.

—Mathew me dijo que íbamos a comer aquí, que podía pasarme.

—Debería haberte invitado yo —le digo con una sonrisa bailando en mi cara.

—¿Y me invitas a pasar?

—Solo si vienes a pasártelo bien y a no pensar en nada.

—Lo intentaré. —Abro la puerta del todo.

No me aparto. Nos quedamos uno frente al otro. Es más alto que yo y a su lado parezco más pequeña de lo que soy.

Sus ojos grises no dejan de mirarme. El pelo negro, como otras veces, lo lleva de manera descuidada sobre la frente. Va con ropa cómoda, unos vaqueros y una sudadera gris. Nada del otro mundo y, sin embargo, al mirarlo sé que ningún hombre me ha atraído tanto como él.

Esme tenía razón, nunca definiría a Erik como «mono», porque para mí él es la definición de hombre perfecto.

ERIK

Se me hace raro estar comiendo con los que han sido mis amigos de toda la vida. Trato de ser el mismo que fui la última vez que nos juntamos antes de que todo cambiara. Han pasado seis años y me es imposible hacerlo. Ya no soy ese crío de catorce años.

Ni quiero serlo.

Summer se ríe por algo que le dice Esme, que con los años es más bruta si cabe. Dice lo primero que se le pasa por la cabeza, sin pensar, y eso a veces la ha metido en más de un lío. Veo que no ha cambiado.

Nora no deja de acariciar a Mathew bajo la mesa, como si los demás no nos diéramos cuenta, y solo hay que ver la cara de idiota enamorado que tiene mi amigo para darse cuenta de que, aunque ya llevan tres años juntos, lo suyo no deja de intensificarse.

Ewan y Roni tampoco pierden el tiempo y si no fuera por Esme y Summer esto sería un aburrimiento total.

Terminamos de comer y sacan algo de beber con el postre. Yo no tomo nada de alcohol, hace años que ni lo huelo.

Sé que no sería como antes, pero me trae recuerdos amargos.

—¡Vamos a jugar a algo así divertido! —dice Esme.

—¿Te apetece que te cuente mis intimidades con Nora?

—¡Mathew! —grita Nora. Este se ríe.

—¡No! Qué horror. Mejor lo dejamos aquí. Qué aburridos sois.

Por un segundo me parece que todo sigue igual. O me siento como si nada hubiera pasado. Y me gusta dejar de correr por un instante y tener un momento de paz.

SUMMER

Al final vemos una película en el salón. Me sorprende, y me gusta, que Erik se quede. No habla mucho, pero aquí sigue, y siento que es un paso importante para él.

Siempre he pensado que se alejó de sus amigos porque se avergonzaba de cómo los había tratado, aunque ya todo hubiera pasado. Parece que está empezando a perdonarse.

Se van de mi casa a eso de las ocho para cambiarse para la cena y luego salir de fiesta. Mi familia sigue en su fiesta particular y seguramente lleguen ya después de cenar.

Quedo con Esme para ir juntas a la heladería de Elen, donde hemos quedado para cenar, ya que hacen de todo. Al llegar vemos a Erik en la barra tomando un refresco y cómo la gente lo mira y lo señala. Me llegan sus comentarios conforme me acerco:

—Está muy bueno para ser un borracho suicida —dice una.

—Es un niño de papá que se gasta toda su fortuna en droga. Por eso han tenido que cerrar una empresa —comenta otra.

—¿En serio? Qué desgraciado, por su culpa cientos de familias a padecer.

Me cabreo y estoy a punto de contestar cuando Esme me tapa la boca.

—La gente no te va a escuchar, ellos prefieren montarse su película que conocer la verdad.

—Es injusto, Erik ya ha pagado por lo que hizo.

—Nosotros lo tenemos claro, pero ellos solo ven a alguien marcado, y sabemos por Roni que esto no se va a detener con facilidad. Roni, para muchos, siempre será la transexual y Erik el drogadicto. Así es esta sociedad, que te dice que cambies, pero no para de recordarte tus errores.

Asiento a Esme, ya que tiene razón. Me enfada todo esto, que la gente no sea capaz de vivir en paz y para ser felices necesiten ver destrozado al vecino.

Llego hasta Erik y le sonrío antes de pasar mi mano por su brazo. Si hablar no sirve de nada, al menos que la gente vea que, mientras ellos critican, Erik trata de seguir adelante y dejar sus errores atrás.

—No me importan, Sum —me dice sin apartarse. Me duele que lo haya escuchado—. Solo me dolería si fuera cierto.

—Mejor —le respondo.

Nuestros amigos no tardan en venir y subimos a la parte de arriba a cenar. Mathew y Ewan, con sus historias, hacen que acabemos todos riendo. Al final, como ha pasado otras veces, acaban hablando de fútbol con Erik. Le veo sonreír por un comentario de su amigo. Y eso me hace feliz.

* * *

—Me preocupas, Summer —me dice Esme ya en la pista de baile del *pub*.

—¿Por qué?

—Porque sigues loquita por Erik.

—No digas tonterías. Solo somos amigos.

Lo busco, está en la mesa donde hemos dejado nuestras cosas con Ewan y Mathew, que se han negado a bailar. Erik me devuelve la mirada como si sintiera que lo observo.

No quiero que me guste de nuevo. No sé si podría besarlo sin sentir que está actuando.

Le he perdonado, pero no he olvidado el dolor.

—Yo solo te pido que no olvides lo que te hizo. Y que, si lo perdonas y volvéis a estar juntos…

—Nunca fuimos nada, Esme. Él solo actuaba.

—Como sea, si un día estáis juntos, tienes que estar segura de ello. Erik arrastra mucha oscuridad.

—Yo solo veo a un hombre triste y solitario.

—Tu solo ves al hombre que has amado toda la vida.

—No, ya no.

—Lo que tú digas. Y ahora, ¡vamos!, a mover ese culazo que tienes.

Aparto la mirada de Erik y me centro solo en el baile decidida a olvidar los sentimientos que están empezando a florecer de nuevo en mí.

CAPÍTULO 11



ERIK

Aparco el coche frente a la puerta de la casa de Summer. Me saqué el carnet hace poco. Tenía una sanción por conducir sin él e ir tan puesto de todo. Tampoco recuerdo qué me llevó a coger el coche, y lo peor es que no sé si en verdad fue un accidente…

Salgo del coche y toco el timbre de la puerta. Me abre Dulce, que al verme me sonríe con calidez y me hace pasar.

—¿Vienes a por Summer?

—Vamos al mismo sitio y he pensado que podría ahorrarse ir en autobús.

—La pensaba llevar —dice Ángel, su padre, desde la cocina—. No te lo tomes a mal, pero no me fío mucho de ti conduciendo…

—¡Papá! —le dice Summer bajando la maleta por la escalera—. Si veo que Erik lo hace mal, yo conduciré.

—Menos mal, me quedo más tranquilo, teniendo en cuenta que no te has sacado el carnet porque odias conducir.

Summer se ríe, va hacia su padre y lo abraza. Siempre han estado muy unidos y se nota por cómo se miran. Aparto la mirada; me recuerda que yo era así con mi madre y que llegó un momento en que dejé de desear sus abrazos y empecé a añorarlos en silencio.

—Déjalos, Erik sabe lo que hace —dice Dulce, que va a la cocina a por una bolsa térmica—. Ten, y recuerda venir más a menudo.

—Gracias, mamá.

Summer abraza a su madre. Su hermana también le da un abrazo y su hermano casi no despega la vista de la consola cuando ella le da un beso en la mejilla antes de irse.

Le cojo la bolsa y vamos hacia mi coche. Summer nunca lo ha visto y, por su mirada, no sé si le gusta o le extraña el modelo.

—Es sencillo y bonito.

—Ya te dije que mi padre no me da un duro más allá de pagarme por mi trabajo en la empresa.

—Me gusta. —Summer entra en mi coche de segunda mano, que aún sigo pagando.

Entro y lo pongo en marcha.

—¿No te da miedo? —La miro de reojo—. Mucha gente, tras un accidente, suele tener pánico a conducir de nuevo.

—No recuerdo nada de ese día.

—Ah…, mejor. Fue un día horrible.

Noto que la recorre un escalofrío. Mi madre me contó que Summer no se separó de mi puerta hasta que supo que no corría peligro. No lo merecía, ni tampoco que me perdone ahora. Por eso le cuento parte de la verdad.

—Te mentí —me quedo callado; ella espera—, no fue una apuesta. Me lo inventé cuando en un momento de lucidez me di cuenta de que te estaba arrastrando a mi mierda de mundo.

—¿No era una apuesta?

—No, pero tampoco era real. No recuerdo nada de nuestra cita. Al mirar las fotos que me diste no recordaba nada. Ni esas sonrisas que veía en ellas ni qué las produjo.

—Para ti es como si nunca hubiera existido un «nosotros».

—Exacto.

—Y tampoco sabes por qué quisiste empezar conmigo.

—Tampoco —miento, lo sé muy bien.

Lo hice porque la quería.

—Me relaja que no fuera una apuesta, pero no cambia nada. Tú inventaste todo eso

para alejarme de ti…, me mentiste y has dejado que crea que te reíste de mí con tus amigos todos estos años.

—Sí.

—Te he perdonado, Erik, pero no puedo confiar en ti.

—Lo entiendo.

—No lo haces, no sabes lo que es mirarte y sentir que hay algo más que no me cuentas. Cuanto más tiempo paso contigo, más lo veo así. Tienes esa mirada tan triste…

—¿No crees que el saber que he jodido mi vida para siempre puede oscurecer mi mirada?

—Es posible.

—Soy lo que ves. No hay más.

—No te creo, y por eso no confío en ti, porque siento que me puedes mentir con mucha facilidad.

—¿Y por qué sigues aquí?

—¿A tu lado? —Asiento—. Porque deseo poder hacerlo algún día.

No digo nada. Una parte de mí ansía que ella consiga sacar toda la mierda que me asfixia, pero otra teme que, cuando sepa la verdad, la pierda para siempre por la vergüenza y el asco de lo que hice.

SUMMER

Llegamos a mi portal y le pido a Erik que me dé mi bolsa de comida. No hemos dicho nada más en todo el camino de vuelta.

—Bueno, ya nos veremos —le digo, y él asiente—. Gracias por traerme.

—De nada.

—Y que lo hayas hecho…, ¿es porque volvemos a ser amigos?

—Eso parece.

Sonrío y mi boca habla antes de que la razón pueda silenciarla.

—¿Puedo darte un abrazo? —Erik solo me mira, no dice ni hace nada. Me siento muy tonta—. Olvídalo. Ya nos veremos. —Me vuelvo para entrar en mi portal.

Estoy abriendo la puerta cuando lo siento detrás de mí. Sus brazos no tardan en envolverme por la espalda. Cierro los ojos de puro placer. Lo he echado terriblemente de menos y sé que estoy a un paso de reconocer lo que siento por él. Algo que no quiero, porque no debo hacerlo.

Se aleja, dejando que el frío me acaricie y me recuerde que él ya no está.

—Nos vemos —me dice en la distancia.

Lo veo alejarse con su mochila. Me vuelvo para abrir mi puerta y me fijo en que el cristal refleja mi rostro y que seguramente Erik haya sido testigo de cuánto he disfrutado con su contacto.

Ya no puedo cambiar el pasado… y él tampoco. Solo podemos aprender a vivir con el desenlace de nuestras acciones.

CAPÍTULO 12



SUMMER

Empiezo a no saber en qué día vivo. Solo veo clases, estudios, trabajos…, en mi cabeza únicamente cabe pensar en todo lo que tengo que hacer y, cuando duermo, a veces sueño que sigo trabajando.

Ahora voy corriendo al teatro. Al menos aquí siento paz.

No se ha decidido aún quiénes serán los protagonistas. Esta semana lo dicen. Sigo estando entre las elegidas finales y esto no ha gustado a muchas de cursos superiores; la primera, Dalia. No me lo dice, pero entre las dos las cosas no van bien.

No coincidimos casi en el piso y no he salido con ella y sus amigas desde hace tiempo. Pero lo noto. Cuando nos vemos, en sus ojos veo resquemor. Me inquieta lo que pueda pasar si un día decide hablar y abre la caja de Pandora.

Quiero creer que estoy aquí porque valgo, no por quién es mi padre. Me duele que la gente me haga cuestionarme mi talento.

Entro en el teatro tras dejar mis cosas directamente entre bambalinas. El resto de los compañeros que luchan por los papeles protagonistas están ya en el escenario. El director, al verme, me hace acercarme. Esto solo aumenta los cuchicheos. Desde que me conoció está muy pendiente de mí.

—Summer, empieza.

—¿Por dónde?

—Donde quieras. Haz que me crea lo que dices. Como me pongas los pelos de punta, el papel es tuyo.

Los gritos y las quejas llegan desde las bambalinas. Hasta que el director les pide silencio. Miro al patio de butacas mientras pienso qué parte de la obra hacer. Mi mirada se cruza con la de Erik, que, como otras veces, asiste a los ensayos. No hemos vuelto a quedar desde esa tarde en la que dijimos que volvíamos a ser amigos. No sé mucho de él, salvo que de vez en cuando se acerca a verme aquí. Como cuando éramos niños.

Ya sé qué parte hacer; necesito representarla para sacar todo el dolor que llevo anclado en el pecho.

—Tú me hiciste creer que me querías —empiezo a decir sin dejar de mirar a Erik.

En la obra de teatro el protagonista solo está con la chica porque es la hija del alcalde, y así podrá tener acceso a una buena vida. Solo la seduce con este fin y, mientras la engaña y la besa sin amarla, se va enamorando de ella, hasta que esta se da cuenta de la verdad y lo repudia. Ahora él ha vuelto para pedirle perdón.

—La clase social no es tan importante como el tipo de hombre que eres con tus acciones. En eso has marcado la diferencia entre los dos.

Sigo diciendo el texto de memoria. Me lo sé al dedillo.

—Te quiero —digo en alto. El silencio se ha hecho en la sala tras mi confesión; no puedo dejar de mirar a Erik y una parte de mí sabe que es cierto—. ¿Qué hago yo ahora con este sentimiento que me mata por dentro? ¿Eres consciente de lo difícil que es amar a quien odias? ¿Eres consciente de lo tonta que me sentí al descubrir la verdad? —Noto que las lágrimas caen por mis mejillas—. ¿Te das cuenta de que tal vez no pueda perdonarte jamás y me pase toda la vida amándote en silencio? Es tu culpa, todo esto es culpa tuya. Tú fuiste el que me engañaste. El que jugó con mis sentimientos sin importarle qué sucedería conmigo. —Me vengo arriba sabiendo que me estoy saliendo del guion—. Tú has hecho que no sea capaz de volver a amar. Que tenga miedo de un «te quiero», por si no es cierto. Que odie un beso, porque temo que sea todo mentira. Que un abrazo me sepa amargo y que no pueda creer que nadie sea capaz de enamorarse de verdad de mí… Y, sin embargo, te perdono, porque necesito encontrar la paz para volver a amar.

Noto nuevas lágrimas, el director mira el guion que tiene en sus manos y Erik no deja de mirarme. La gente se ríe, porque el final me lo he inventado.

—Summer, querida, te has inventado el final. Pero ha sido increíble, me has puesto los pelos de punta. Y ya sabes lo que eso significa…

—¡No puedes dárselo a ella! —grita Dalia, que también opta al papel principal—. Ella no se ha currado nada. ¡Si hasta lo ha hecho mal! ¡Todo esto es por quién es su padre! El resto nos tenemos que currar todo el doble para tener una puñetera oportunidad, y tú solo tienes que decir tu dichoso apellido para que te pongan hasta una alfombra roja. ¡No es justo! No sabes cuánto te odio. No tienes ni idea de lo que cuesta ganarse la vida. Ni de lo que es ver a tu madre llegar con las manos llenas de sangre de tanto trabajar. —Ya está, la caja de Pandora se ha abierto, y por sus ojos sé que nada será lo mismo—. No sabes lo que me está costando pagar esta universidad, y llegas tú, con tu cartera a rebosar de dinero y tu apellido de mierda, y todas las puertas se te abren. Detesto a todas las que son como tú.

Se marcha sin dejar que le diga nada. Me vuelvo hacia el director, sabiendo que todos piensan lo mismo.

—No quiero este papel si es por ser hija de quien soy.

—Erik —dice el director sorprendiéndonos a todos—, ¿qué sientes cuando la ves actuar?

—¿Y por qué tengo que responder yo a esa pregunta?

—Porque he visto cómo la miras, respóndeme.

—Summer lo vive, se mete en el papel hasta que lo hace suyo y no sabes dónde deja de existir la ficción y empieza ella.

—Exacto. Así es, niña, pero, aunque todos piensen lo contrario, no lo vas a tener más fácil. Te van a exigir más por ser hija de quien eres y la gente, en vez de verte y disfrutar, buscará todos tus defectos para destrozarte.

—Eso no me deja más tranquila.

—Cuando elegimos esta carrera, que nos hace estar expuestos al mundo, tenemos que aceptar eso, Summer. La gente piensa que por salir en la tele o ser famosillo no padeces, no te cuesta ganarte la vida y no sufres como los demás. Solo ven tu vida de luces y éxitos, no todo lo que se oculta tras ello, y por eso se creen con el poder de criticar hasta hacer daño. Lo sabrás por tu padre. Le llueven las críticas y, sin embargo, es el mejor.

—Lo es, sí, y sé que está expuesto a ser criticado. No me preocupa.

—Sí te preocupa —me dice—. Solo debes aprender a que eso no te detenga. A que una mala crítica no te destruya y a no dejar de trabajar para llegar a donde tú quieres, y no a donde te imponen. Y, dicho esto —se vuelve hacia Erik—, ven, muchacho.

—¿No puede dejarme en paz?

Erik se acerca. Nos hemos quedado solos en el teatro por el revuelo que ha causado la noticia. Hasta los que optan por el papel del protagonista masculino se han ido indignados.

—No me digas «no puedo», no. Tienes el arte corriendo por las venas. Lo supe nada más verte. Eres como tu tío Jack. Te subes a un escenario y te transformas.

—No es mi mundo este —dice Erik ya a mi lado—. Pero Summer sí se merece ser la mejor.

—Solo para mi deleite, respóndele a Summer, por favor. —Le tiende un guion y Erik lo coge con el entrecejo fruncido.

No se marcha, se queda, y que lo haga me hace «verlo» por primera vez. Siempre creí que se quedaba a mirar cómo actuaba, por mí. Que actuaba conmigo para ayudarme. Nunca supe ver más allá de mí misma; no me daba cuenta de que Erik no lo hacía solo por mí. A él le gustaba actuar.

Es increíble cómo puedes tener algo delante de las narices y no saber verlo.

Erik deja el guion y me mira con sus ojos grises. Veo como se transforma y como pasa a ser el protagonista de la obra. El dolor está en su mirada, pero esta vez lo usa para dar vida a su personaje. Empieza a recitar el texto y lo sigo. Como cuando éramos niños, cuando no era consciente de su talento.

—Habéis nacido los dos para actuar. Lástima que tú no lo veas, Erik.

—A mí no me gusta todo esto.

—¿Y por qué vienes al teatro?

—Para verla a ella.

—¿Seguro, Erik? Yo creo que lo haces porque en este lugar te sientes en paz. El papel es tuyo, si lo quieres. Juntos sois únicos.

—Usted es masoquista, quiere que se le vayan todos los alumnos —le dice Erik.

—Yo soy un amante del arte. Y me gusta buscar el talento en las personas. Además, la obra es de la universidad, puede participar en mis clases cualquiera que esté matriculado en este centro.

—No tengo tiempo.

—Siempre hay tiempo para el arte. Te dejo una semana para que lo pienses.

Se marcha y nos deja solos.

—Tiene razón —le digo—, te gusta actuar. Lo he visto en tus ojos, Erik. No sé como no me di cuenta antes…

—No me gusta.

—No quieres que te guste, por eso lo ocultas. Por eso eres lo que se espera de ti, estudias ADE y juegas al fútbol, porque eres muy bueno. Pero no es lo que te llena.

—No sabes nada, Summer.

—Solo sé que siempre hicimos buena pareja escénica juntos. Y me gustaría que actuaras para mí una vez más antes de que sigas llevando la vida que crees que debes llevar.

No dice nada, solo empieza a caminar y se vuelve para mirarme.

—¿No vienes?

—¿Adónde?

—A por tus cosas, me apuesto lo que quieras a que Dalia las ha dejado en la puerta de la que era tu casa.

—No creo que sea capaz. Le he pagado el alquiler…

—Qué inocente eres —me dice con una media sonrisa.

Él tiene razón, y al llegar a mi piso mis cosas están en la puerta y hay un sobre con el dinero del alquiler que le pagué. Dejo las llaves en el buzón y miro a Erik sin saber a dónde ir. Que él me deje tirada y empiece a caminar hacia su casa me cabrea.

—¡¿No tengo adónde ir y tú me dejas sola?!

—¿De verdad piensas que te voy a dejar tirada en la calle?

—Sí.

—Me lo merezco. Pero no, no era mi idea. Vamos a mi casa.

Me pongo a su lado.

—Solo tienes un cuarto.

—Y un sofá cama, donde duermo mejor que en mi cama. Te cedo mi cuarto.

—No va a salir bien —le digo sin dejar de seguirlo.

—Seguramente no.

—Si mis padres se enteran, les da algo.

—No se lo digas.

—Solo hasta que encuentre otra cosa.

—Hasta cuando quieras.

—Dime que sabes cocinar. —Se ríe por primera vez.

—Sé cocinar.

—Creo que te va a costar echarme.

—Tal vez no quiera que te vayas.

Me lo dice ya en la puerta de su casa. Nos miramos a los ojos… y no le creo. Aparto la mirada. Sé mejor que nadie que actuar en un teatro es una cosa y hacerlo en tu vida otra muy distinta. El problema es que Erik ha demostrado que lo hace muy bien en la vida real para conseguir lo que quiere.

Entramos en su piso, mi nuevo hogar. Y no sé si hago bien, si es buena idea, si esta emoción por verlo todos los días y convivir a su lado no va hacerme olvidar el miedo que tengo por si me falla de nuevo.

CAPÍTULO 13



ERIK

Escucho a Summer irse a dormir y me pregunto qué estoy haciendo. Por qué no puedo dejar de arrastrarla a mi mundo. Por qué me cuesta tanto alejarme de ella…

Lo hago porque soy incapaz de reconocer que estoy enamorado de ella.

Recuerdo su interpretación, cuando dejó de actuar y me dijo lo que sentía. Sé que le hice daño, sé que la herí, y también que, si no le cuento la verdad, lo haré otra vez.

Solo se puede avanzar cuando nada te mantiene anclado. El problema es que yo no soy capaz de olvidar, y por hacerlo casi me destruí la otra vez, y a ella conmigo.

Yo tampoco confío en mí mismo. Es bueno que ella no olvide de lo que soy capaz.

* * *

Espero a Jack, que me ha llamado para que nos veamos en un parque cerca de la universidad. Estaba por aquí y mi prima quería verme.

—¡Primo Erik! —Sofía se tira a mis brazos y se ríe feliz por estar a mi lado.

Jack sigue a su hija de tres años. Es hermano de mi padre solo por parte de mi desgraciado abuelo. Tuvo varios hijos fuera del matrimonio, dos de ellos son Jack y su hermano Aiden. Cuando mi padre se enteró de su existencia los acogió como hermanos y desde entonces son una piña.

Dicen que me parezco más a Jack que a mi padre, salvo por los ojos, ya que los de Jack son azules, y no grises.

No he podido dejar de pensar en las palabras del profesor de teatro y en lo que siento cuando actúo. Y me pregunto si seré más parecido a Jack de lo que se ve a simple vista.

—¿Te gusta mi vestido nuevo? —Sofía da vueltas haciendo que su vestido de tul rosa se mueva como si fuera una princesita.

—Estás preciosa. —Lo está.

Tengo más primitos a los que adoro, pero por Sofía siento algo especial desde que nació y me miró con sus grandes ojos grises, ahora azules, como los de su padre. Tiene el pelo rubio como el de su madre y se parece mucho a ella. Me pregunto cómo llevará la llegada de su hermanito dentro de tres meses.

—¿Sabes que mi padre va a sacar un nuevo disco? —Miro a Jack, que se ha sentado a mi lado en el banco donde tengo a la pequeña sentada sobre mis rodillas.

—¿Tú solo?

—Mi mujer se ha empeñado en que, mientras ella esté de parón cuidando al pequeño, yo siga con mi carrera, y a cabezota no le gana nadie.

Jack y Eimi, aparte de matrimonio, son pareja musical desde hace muchos años.

—Eimi sabe que cantar te da la vida.

—Me la da mi familia, ellos son mi mejor obra.

—No lo dudo. —Sofía me abraza.

Es la única persona que me ha abrazado desde que pasó todo. A la única que le he dejado acercarse. Con ella no temo romperme en pedacitos. Algo que sé que haré tras un abrazo verdadero con Summer. Estuve a punto de romperme el otro día, cuando la abracé por la espalda. Por eso me fui.

Solo por eso me estoy planteando actuar, para poder hacer lo que deseo siendo otra persona.

Sofía se baja de mis piernas y se va a jugar a los columpios. Jack no deja de mirarla.

—¿Cómo supiste qué era lo que querías ser en la vida?

—¿Y esa pregunta tan seria? ¿Tienes fiebre? —Me toca la frente.

—¡Eh, déjame, idiota! —Se ríe.

—Un respeto, que soy tu tío.

—Ya, para mi desgracia. —Con él bromeo como con nadie.

Jack no espera que le cuente por qué hice todo. No me asfixia con su mirada de «necesito saberlo ya». Esa que tiene mi madre desde hace años. Tal vez porque Jack solo me saca doce años y no me trata como a un niño pequeño.

—Lo supe de siempre. Es ponerme a cantar y siento paz. Es para mí como el respirar. Si no lo hago, me asfixio. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me han ofrecido hacer una obra de teatro.

—Yo que tú lo haría.

—¿No te extraña?

—No, te he visto actuar con Summer desde niño. Soy algo cotilla, y os veía juntos cando creíais que nadie miraba. Eres muy bueno.

—Y nunca has mencionado nada de esto.

—No menciono muchas cosas, y no porque no me preocupen o porque no quiera saberlas, lo hago porque sé que para todo necesitas tiempo. Erik, no puedo obligarte a que me cuentes lo que te pasa. Ni lo que hizo que hicieras todo eso. Solo puedo esperar.

—Vamos, que eres como el resto.

—No lo soy, yo soy el mejor de todos, el tío guay.

—No te creas, tu hermano Aiden también es genial…

—Es un soso —bromea—. En serio, Erik, déjate llevar… No, olvida que he dicho eso. Haz lo que quieras…, ¡joder!, con tu pasado todo es peligroso… —bromea, y eso me relaja—. Vive tu vida y haz lo que te apetezca, sin incluir nada autodestructivo o dañino.

—Lo tendré en cuenta.

Seguimos hablando de todo un poco hasta que Sofía tira de su padre para que la columpie. Jack sonríe feliz y mira con amor a su hija. Al verlos juntos, una vez más pienso en mis padres y en todo lo que les he hecho pasar. El problema es que no sé cómo volver al punto en el que nos perdimos. No sé cómo dejar de sentirme tan roto.

CAPÍTULO 14



SUMMER

Estoy en el escenario junto a los demás actores a los que les han dado un papel, entre ellos Dalia, que hace de mi hermana. Me va a costar olvidar lo que me dijo y que me echara de su casa mientras actúo.

Llevo una semana viviendo en casa de Erik, cosa que nadie sabe. Erik no pasa mucho tiempo en casa. Entre los entrenamientos, las clases y el trabajo, llega cuando yo ya estoy en mi cuarto viendo la tele y, aunque me muero por salir y verlo, no lo hago por eso mismo.

Solo somos amigos que comparten piso, nada más.

Esta noche hay una fiesta en la fraternidad del equipo de fútbol y, tras mucho insistirme, Joel ha conseguido que acepte ir. Al menos él no piensa que me hayan regalado el papel y es mi único amigo en la universidad, aparte de Erik.

Necesito desconectar, por eso he aceptado.

Solo falta dar el papel al protagonista masculino y hoy se acaba el plazo que le dio el profesor a Erik. No sé si aceptará, y que lo haga me inquieta. No sé como voy a poder fingir que solo lo beso porque lo dice el guion y no porque me muera por volver a sentir sus traicioneros labios.

—El papel será mío —me dice un compañero de tercero que se relame, literalmente.

Es asqueroso, actúa bien, es cierto, pero no lo tocaría ni con un palo. Tiene boceras siempre, algo que me da arcadas, y si le dieran el papel tendría que mirarlo como si lo quisiera y besarlo como si lo deseara.

Es lo que peor llevo de todo esto, tener que olvidarme tanto de mí que llegue a besar a un sapo asqueroso solo por exigencias del guion.

La gente solo ve el glamur de esta profesión. Se olvidan de la vida tras los focos.

El director pide silencio y mira su libreta como si no supiera aún quién va a ser el elegido. Hoy empezamos la primera toma de contacto y, tras anunciarlo, empezaremos a actuar cada uno en su papel.

«Espero no tener que besar a Don Boceras», pienso cuando el director lo mira. Abre la boca y, como ya esperábamos todos, le da el papel. Me da un beso baboso en la mejilla que me cuesta no limpiarme.

—Veo que llego tarde. —Veo a Erik entre todos los actores que se preparan—. Me diste una semana y quedan diez minutos para que se cumpla. —Erik mira retador al profesor, con una fuerza que no le he visto en años.

Por primera vez no siento que se deje llevar.

—Es cierto. —El director sonríe feliz—. Lo siento, Antón, tú serás el mejor amigo del protagonista. Erik hará ese papel.

—¿Qué pasa, que esta obra va de auténticos niños de papá? ¿Te han pagado sus padres para que les des el papel?

—Ojalá, así no vendría a trabajar en esa mierda de coche que tengo. Y ahora, si no tienes más que decir, empieza a prepararte para la obra. Y acostúmbrate a esto. Puedes estudiar la carrera, prepararte como el que más y que luego en un *casting* le den el papel a alguien que pasaba por ahí, porque con el arte se nace. No lo olvides.

Miro a Erik, que coge su guion. Me acerco a él.

—Me has librado de besar a un sapo. —Sonríe, cosa que últimamente hace más a menudo.

—Espero que me lo compenses cenando en casa esta noche conmigo.

—No puedo, he quedado con Joel para ir a su fraternidad. ¿Otro día?

—Claro. Sé dónde vives. —Sonrío feliz por que no le moleste y le doy un pequeño abrazo.

—Este es de verdad, el resto serán parte del guion —le digo contenta de interpretar una vez más a su lado.

Es como si, por un momento, volviéramos a ser esos inocentes niños que jugaban sin saber lo que la vida les tenía preparado y cómo esta silenciaría nuestras cómplices sonrisas.

Por un segundo, mientras empezamos la obra, siento que otra vez tenemos el futuro en nuestras manos y nada nos separa.

* * *

Me preparo para ir a la fiesta. Voy a abrir la puerta justo cuando Erik regresa del trabajo. Por lo que sé, suele ir a un despacho no muy alejado de la universidad a trabajar para su padre. A veces se trae el trabajo a casa.

—¿Te vas ya? —me pregunta recorriendo con su plateada mirada mi atuendo.

Llevo un vestido ajustado de color azul marino de media manga.

—Sí.

—¿Te acerco?

—No hace falta. ¿Vas a ir?

—No, no me gustan ese tipo de fiestas. —Asiento.

—Nos vemos mañana.

—Claro —Erik se pasa la mano por el pelo, parece ¿tímido? Lo dudo—. Pásalo bien.

Asiento, sintiendo que ha querido decirme algo más.

* * *

La fraternidad de fútbol no queda muy cerca, pero aun así voy andando. No soy la única universitaria que está por la zona, hay *pubs* y restaurantes llenos de alumnos. Esta parte de la ciudad está destinada sobre todo a estudiantes.

Me sorprende la cantidad de gente que hay y me abruma tanto todo lo que veo que me arrepiento un poco de haber venido sola.

Entro en la casa. Está llena de gente y casi todos llevan en la mano un vaso azul claro de plástico. Veo a varios del equipo de fútbol; mañana tienen partido y, por lo que parece, una vez más les da igual jugar borrachos o resacosos.

Veo a Joel al fondo hablando con Dalia. Mi primer impulso es quedarme donde estoy y que él venga a mí, pero tras pensarlo sueno patética y me acerco. No he hecho nada malo y si me escondo les haré creer que sí.

Dalia me mira con mala cara y se aleja con sus amigas. Joel se vuelve y me da dos besos y un pequeño abrazo al verme.

—Ven, te diré dónde puedes dejar el abrigo y tomar algo.

Lo sigo a un pequeño cuarto. Está lleno de abrigos. Dudo que la gente luego encuentre el suyo. Seguro que acaban llevándose el primero que pillan.

—Prefiero llevarlo en la mano, llevo el móvil y las llaves en el bolsillo.

—Como quieras. Ven, tomemos algo.

Lo sigo a la cocina observándolo todo. Cuanto más descubro de esta fiesta, más se agrandan mis ojos. Sobre todo cuando llego a la cocina y veo a un grupo de chicos y chicas jugando a adivinar el alimento, probando con los ojos cerrados los labios del que lleva la comida. Asqueroso.

Joel me pone algo de beber y se queda mirando el juego. Le parece divertido y eso me desconcierta; creía que a él no le gustaban todas estas chorradas.

—¿Quieres jugar?

—Eh…, no. No me gusta regalar mis besos.

—Es raro que digas eso cuando estudias Arte Dramático y te besas con unos y con otros por exigencias del guion.

—No es lo mismo, es por trabajo. Fuera, en mi vida privada, tengo derecho a decidir qué hacer.

—Sigo sin entender qué diferencia hay. Tú te lo pasas bien actuando y ellos dándose el lote con desconocidos.

—Es que yo no lo estoy juzgando, solo he dicho que no jugaría.

—Lo has dicho con cara de asco.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Estás viviendo con Erik?

—No tenía a dónde ir, y al menos a él no le importa quién sea mi padre.

—Dalia tiene razón, has estado jugando conmigo.

—¿Cómo que he estado jugando contigo?

—Vamos, Summer, no te hagas la tonta. Sabes que me gustas. Solo querías divertirte.

—Solo quería ser tu amiga. ¿Acaso he hecho algo para incitarte a pensar que me gustas?

—Por supuesto que sí. Has venido a verme al trabajo muchas veces…

—Los amigos se ven…

—No eres más que una pija mimada y caprichosa a la que le gusta jugar con los sentimientos de los demás.

—Y tú un idiota por no darte cuenta de que entre hombres y mujeres también puede existir solo una amistad.

Me marcho de aquí, triste, por el hecho de que la gente sea tan cuadriculada. Tengo amigos y amigas desde niña y nunca he visto la diferencia. Cuando mi madre se quedó embarazada de mi hermano, la gente decía que teniendo dos hermanas se iba a aburrir. Que hubiera sido mejor una niña, para jugar juntas. Mi madre, a una de las que se lo dijo, le soltó que sus hijas podían jugar con su hermano sin importarles el sexo, porque no existen reglas que prohíban a una niña jugar al fútbol o a un niño a las muñecas.

Vivimos rodeados de clichés que nos hacen perdernos la mitad de las cosas buenas por el qué dirán.

Yo solo veía a Joel como un amigo, fui amable porque soy así, y sin yo saberlo todos estaban confundiendo mi forma de ser.

Enfadada, me voy andando a casa sin que me importe hacerlo sola, y mucho menos sin pensar si puede o no ser peligroso.

Pues como todo es tan «evidente», igual ahora me sale un hombre y por ir con escote da por hecho que le estoy incitando a que me babosee encima…

CAPÍTULO 15



ERIK

Escucho la llave entrar en la cerradura y al poco se abre la puerta. Miro el reloj y solo ha pasado una hora y media desde que Summer se fue. No es normal que haya llegado tan pronto, así que me levanto del sofá y me acerco hacia ella.

Entra enfadada y me da los zapatos. No me mira a los ojos, está que echa humo por las orejas y, cuando Summer se enfada, es mejor darle espacio.

—¡Dios! ¿Cómo puede ser la gente tan tonta?

—¿Qué ha pasado?

Se tira al sofá, donde estaba yo estudiando, y me mira con los ojos verdes encendidos. Me relata lo sucedido.

—¿Acaso no puedo tener amigos sin querer sexo con ellos?

—Es raro.

—Tú y yo somos amigos.

—Nos conocemos desde niños, no es lo mismo.

—No debería importar. Joel me parecía majo, no lo vi venir. Nunca veo las cosas. Todo me estalla en la cara.

Sé que también lo dice por mí.

—No es lo mismo besarse porque interpretas un papel que hacerlo fuera del teatro. Yo en mi vida privada decido qué quiero —continúa pensando en voz alta.

—Lo sé, a mí no tienes que convencerme.

—No me imaginaba así la universidad.

—¿Así cómo?

—Con tanto tonto suelto. Es cierto que en las clases estoy más tranquila. La gente solo va a estudiar. Pero cuando tratas de quedar o de hacer vida social, siempre existen personas que quieren hacerte la vida imposible.

—Eso pasará toda la vida. Quien es idiota a los veinte lo es también a los treinta. Dudo mucho que la gente cambie.

—Yo prefiero pensar que sí.

—Tú sigues queriendo ver lo bueno de la gente.

—Lo bueno que hay en ti —admite—. Me da igual que no seas como hace años, cuanto más te conozco, más me gustas…, como amigo, claro, a ver si te vas a creer…

Me río bastante y me mira alucinada.

—No me he olvidado de sonreír, solo que me cuesta recordar cómo se hace.

—Me encanta tu risa adulta. Es ronca y sensual.

—¿Cómo hemos acabado hablando de esto?

—Cosas que pasan. —Alza la mano y acaricia mi mejilla. Luego pasa sus dedos por mis labios. Me recorre un escalofrío que desconozco si lo nota o no—. Me alegra estar así contigo. Y el resto, que piense lo que quiera.

—Yo no sé si alegrarme…, has invadido mi piso —bromeo, y, por su sonrisa, lo pilla.

—Míralo por el lado bueno, ahora compartimos gastos y puedes tunear tu viejo coche.

—Mi coche es perfecto, es un clásico.

—Eso demuestra lo mucho que sé de coches… Me voy a la cama. —Se levanta y coge los zapatos que dejé en el suelo—. Buenas noches, Erik.

—Buenas noches, Sum.

Se marcha y me quedo mirando el lugar donde ha estado. Aún no he decidido si esto de vivir juntos es buena idea o no, solo sé que, por primera vez en mucho tiempo, a su lado siento la paz que sabía que ella me daría.

La que me hizo querer estar junto a ella hace años. Necesitaba dejar de vivir tan

deprisa y olvidarme de todo entre sus brazos, y al final lo único que olvidé fue lo que vivimos entre los dos.

* * *

Entro en el teatro por los bastidores. Conforme llego adonde está Summer, al final, me gano las miradas asesinas de más de uno.

Como si fuera mi culpa su falta de talento. En vez de estar odiándome, deberían estar pensado en qué han fallado ellos.

Que les den.

Me pongo al lado de Summer, que repasa el guion, nerviosa.

—Seguro que te lo sabes al dedillo.

—No todo, este director puede pedirte la parte que quiera sin seguir un orden. ¿Tú cómo lo llevas?

—Bien, no me preocupa.

—No te preocupa porque en el fondo piensas que, si no te sale bien y te echan, no importa. Pero te aconsejo que antes que seguir por ese camino pienses si de verdad te daría tan igual como crees.

Aparto la mirada, molesto por que me conozca tan bien a pesar de todo. En verdad no sé qué hago aquí. O sí. Es una forma de estar cerca de ella y robarle a esta irrealidad todos los besos que el alcohol y las drogas me hicieron olvidar. Pero no sé si, más allá de eso, es esto lo que quiero.

—Lo tengo todo controlado —le digo con una tranquilidad que no siento y que noto que a ella la relaja—. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Te noto tensa.

—¿Y quién no lo estaría con tanta gente asesinándote con la mirada?

—Tú no tienes el problema, Sum, pasa de los envidiosos, porque si no puedes hacerlo ahora, has elegido una mala carrera.

—Lo sé. En este mundillo es el pan de cada día, aunque de cara a la galería todos nos llevemos genial y seamos superamigos. Cuánta falsedad. Es como si nunca dejáramos de actuar.

—Así es la vida, pero al menos mientras sigues un guion sabes cómo acabará la función. —Asiente, el director nos llama y pide la escena del primer beso.

Nos dejan solos en el escenario; el resto de los actores, que habían salido para saber qué escena era la elegida, se bajan. Summer repasa el guion, nerviosa; sé la presión que tiene, quiere hacerlo tan bien que nadie dude de que está aquí porque se lo merece. El problema es que, por muy bien que lo haga, siempre habrá alguien que diga lo contrario.

—Solo tienes que dejar que te bese y parecer inocente.

—Empiezo a pensar que me ha cogido por ser virgen. ¿Te has leído la obra entera? —Asiento—. La protagonista es una puritana que nunca ha estado con un hombre. Claro, que eso va a dar un giro.

—Sea como sea, disfruta. —Asiente.

Dan paso a la escena. En ella me he llevado a la hija del alcalde a solas, con la clara idea de seducirla, pensando que será muy fácil, dado que se la considera una mujer florero. La acorralo contra la librería y le acaricio el brazo sin dejar de mirar sus labios. Parezco un lobo al acecho y ella un corderito asustado.

Summer lo hace perfecto. Me acerco a su oído y le susurro. La piel se le eriza por mi aliento y dudo que esto sea parte del guion, o tal vez sí. Sea como sea, lo disfruto.

Me acerco a sus rojos labios y la beso. En el texto pone «inocente beso», el problema es que, cuando tengo sus labios, tan dulces y suaves, entre los míos, lo que pone en el guion se me olvida y alzo mis manos para meterlas en su rubio pelo y profundizar el beso.

Nos besamos olvidándonos de todo, hasta que Summer gime entre mis brazos, el director corta la escena y mi compañera se pone roja como un tomate.

—Ese beso dejadlo para más adelante, ahora es inocente y casi casto.

—Entendido —le digo divertido como nunca.

—Te has pasado —me dice Summer.

—Me declaro inocente. —Bufa y empezamos otra vez, y ahora sí le doy un beso inocente, que me deja con ganas de más.

Repetimos la escena varias veces, le robo cientos de besos y de suspiros y, aunque sean falsos, para mí son pedacitos de lo que podría haber sido mi vida de no haberse estropeado todo, porque no tengo dudas de que, si todo hubiera seguido su curso normal, al final habría tenido que admitir que me acabé enamorando de esa niña de grandes ojos verdes.

CAPÍTULO 16



SUMMER

Mi padre está cubriendo una noticia cerca de aquí y me llama. Por norma general está en plató, a menos que suceda algo importante, que se va a donde está la noticia para hacer el telediario desde ese lugar. Cojo un autobús para ir al sitio en el que me ha dicho que estaría.

Están rodando en una casa antigua. Llego allí y veo a varios del equipo de noticias. Algunos son nuevos, otros me conocen desde hace años. Me indican dónde está mi padre. Lo veo al lado de su atractiva compañera de trabajo, esa por la que mi madre alguna vez ha sentido celos. Nunca me lo ha dicho, no ha hecho falta, la conozco y, aunque trate de ocultarme cosas, las veo.

Por supuesto mi padre solo la ve como una compañera, porque adora a mi madre. Un día me contaron su historia, todos esos años perdidos por culpa de la desconfianza, lo que me hace preguntarme si eso ha marcado a mi madre hasta el punto de que, aunque sepa que ama a su marido, teme que todo termine por terceras personas.

Es lo que me mantiene firme en mi deseo de no enamorarme otra vez de Erik. Eso y que finja tan bien los besos. He besado a otros en obras de teatro y nunca un beso me pareció tan real. Me sorprende su capacidad para actuar, y me duele compararlos con los otros besos que tuvimos. Me ha contado la verdad…, el problema es que no lo termino de creer.

Mi padre me ve y se disculpa con su compañera para acercarse a mí. Me da un pequeño abrazo. No lo profundiza, ni yo tampoco, aunque desee cobijarme entre sus brazos y pensar inocentemente que mientras esté en ellos nada malo me pasará.

Esto es algo que piensas hasta que creces y te das cuenta de que tus padres dejan de ser superhéroes para pasar a ser humanos, y que, aunque ellos darían tu vida por ti, no pueden evitar que sufras.

—¿Cómo está mi pequeña?

—Me pregunto si cuando me case y tenga hijos me seguirás llamando así —le digo con una sonrisa.

—Ten por seguro que sí. ¿Qué tal las clases?

—A tus dos preguntas, bien. Estoy bien y las clases van bien.

—¿Y qué te preocupa? Lo noto en tu mirada.

Le llaman para entrar en antena y me pide que lo espere para ir a comer juntos. Asiento y, como cuando era niña, me pongo tras las cámaras para observar con admiración a mi progenitor.

Mi padre se transforma y se mete en su rol de serio presentador. Aunque tiene ya casi cincuenta años, desde mi punto de vista es uno de los hombres más guapos que hay. Y esto nada tiene que ver con mi amor de hija.

Mi padre termina de grabar y viene hacia mí. Les dice a sus compañeros que volverá pronto para preparar el informativo de la noche.

Cuando mi madre se casó con él lo hizo también con su carrera y sabiendo que, aunque ella fuera lo más importante de su vida, su trabajo también.

Ahora ya regresa a casa todos los días. No es como antes, que se pasaba días de viaje. Lo extrañábamos mucho. Yo siempre he entendido menos que mi madre por qué tenía que compartir a mi padre. Lo quería todo para mí. Es ahora cuando lo entiendo y cuando me he dado cuenta de que, si para nosotros era duro, para él más dejarnos atrás.

Nos vamos a un sencillo restaurante donde están otros compañeros de mi padre. Nos sentamos en una mesa al fondo y pedimos el menú para comer.

—¿Qué te preocupa? Y dime la verdad, demasiado duro es ir a casa y no verte todos los

días como para que no me cuentes como antes qué es lo que te preocupa.

—Es por la obra. No sé si me merezco el papel o me lo han dado por ser tu hija.

—Seguramente el que les llamaras la atención fue por ser mi hija.

—Eso no me ayuda, papá. —Se ríe.

—Lo que quiero decir es que, al contrario que el resto de tus compañeros, tú tenías un cartel luminoso con un apellido que era conocido —asiento—, pero eso no te hace ser mejor. Tal vez te abra puertas que a otros se les cierran. Pero, si no vales, nadie te querrá con el paso del tiempo. Solo tu valía prevalecerá, Summer.

—Supongo que sí…

—Summer, has elegido un camino difícil. Yo lo sé mejor que nadie.

Saca su móvil y busca en Twitter su nombre. Vemos a algunas personas que lo alaban y a varios que lo critican, incluso hay memes de él. Me cuesta no reírme con alguno de ellos.

—Puedes reírte. —Lo hago y guarda el móvil—. Al final aprendes que toda esta mierda es parte de ser un personaje público.

—Pues es un asco, es como si terminamos de comer aquí y criticara al restaurante públicamente. O como si cada vez que voy a comprar a un supermercado luego me quejara en las redes de cómo me han atendido.

—Debes aceptar que vas a estar expuesta.

—Solo es un trabajo…

—La gente critica a los personajes públicos, eso es cierto, pero no te olvides de que lo peor en este mundillo no es eso, sino que no hablen nada de ti. Que pases tan desapercibido que no despiertes emoción alguna en la gente. Si te critican es porque algo bueno estás haciendo.

Visto así, mi padre tiene razón, y noto como el nudo que tenía en el estómago se va disipando.

Nos sirven la comida y la tomamos mientras hablamos de su trabajo.

—Y con Erik —se atreve a preguntarme en el postre—, ¿cómo te van las cosas?

—Bien, hemos vuelto a ser amigos.

—Me preocupa ese chico. Tengo miedo de que caiga otra vez. Sus padres no lo soportarían.

—Ni él tampoco; dudo que pudiera llevar esa vida otra vez sin acabar mal.

—Me cuesta entender qué hizo que ese niño tan bueno terminara así.

—Yo creo que existe una razón, y la voy a descubrir.

—Bien, cuando lo hagas me la cuentas.

—Ni de coña, es la vida de Erik.

—Antes no tenías secretos conmigo.

—Antes yo creía que tú tampoco, hasta que me hice mayor y descubrí lo complejo que es mi padre. —Cojo su mano—. Que no te lo cuente todo no me hace quererte menos. Lo sabes, ¿no?

—Summer, no hace falta que me lo digas para saberlo. Pero me encanta oírtelo decir.

Recuerdo que cuando era niña le decía cientos de veces que lo quería. Lo besaba a todas horas en la cara con besos babosos y lo abrazaba con fuerza. Luego, poco a poco, todo se perdió. Me levanto y lo abrazo como cuando era niña. Mi padre me devuelve el gesto.

—Estoy bien, vale, pero os echo de menos.

—Lo sé. Nosotros a ti también, pequeña.

Hacerse mayor está genial, me encanta mi vida ahora. El problema es que cuando tienes miedo ya no es tan fácil decirlo, ni tampoco admitir que te mueres por un abrazo de tus padres.

CAPÍTULO 17



SUMMER

Espero a Erik tirada en su sofá, repasando el guion. Mañana tenemos ensayo y no hemos practicado nada. Lo veo menos ahora que vivimos juntos que antes.

A veces pienso que me evita. No es normal que pare tan poco en casa.

La puerta se abre y me levanto para ir hacia él. Entra con el pelo húmedo, de la ducha que se ha dado tras el entrenamiento. Deja la bolsa en el suelo y me mira divertido por mi acoso.

Cómo me gusta cuando se relaja, cuando sus ojos relucen de esa forma.

Y no debería gustarme tanto, ni fijarme en cómo le queda el pelo mojado sobre la frente. Solo somos amigos.

—Tenemos que ensayar.

—Tengo que estudiar.

—¿En serio? —Asiente—. ¿No puedes ensayar solo una escena?

—Solo si es la que yo quiera.

—Vale, te dejo elegir, me las sé todas. Puedes preguntarme.

—Esto no consiste en decir al dedillo la frase, Summer, es transmitirla al público de tal forma que hasta un sordo pueda sentir el poder de tus palabras por lo que transmiten tus ojos.

—Guau…, te gusta todo esto más de lo que pensaba.

—No digas chorradas.

Se va hacia el armario que compartimos en la habitación donde está mi cama y se cambia de ropa. Lo espero sentada en el sofá. Sale con un chándal cómodo gris que usa para estar por casa.

—¿Qué escena ensayamos?

—Te echan en cara que no sabes transmitir pasión. Creo que deberíamos ensayar una en la que están a punto de acostarse.

—Vale, genial —lo digo como si mi corazón no acabara de dar una voltereta y no esté nerviosa por hacer esa escena con Erik.

Lo miro serena, tratando de recordarme que todo esto no es más que teatro.

En la escena estamos sentados en uno de los bancos de la casa de mi padre, el alcalde. Me besa inocentemente al principio y luego con más intensidad. Cuando me toca el pecho y me pone sobre sus rodillas para que note su dureza, me niego un instante antes de pedirle que no me deje de besar nunca.

Decimos las frases de rigor y Erik me besa como dice. El beso cada vez se hace más intenso, tanto que me cuesta recordar que es falso. Lo hago hasta el punto de que me olvido de qué paso venía ahora, si era que yo me subía sobre sus piernas o que él me levantaba. Erik mete su lengua dentro de mi boca, algo que no se hace en el teatro. No se lo digo, porque me encanta sentirla entrelazada con la mía.

Me levanta y me pone sobre sus piernas. El deseo aumenta en mí, algo que solo atisbé a su lado cuando ni siquiera sabía que era eso lo que sentía.

Pasa sus manos por mi espalda y lleva una hacia mi pecho…, tarde recuerdo que no llevo ropa interior. Me separo y lo miro a los ojos. Están cargados de deseo, parecen lava líquida. Qué bien actúa. Qué falso es…

Por eso me aparto.

—Creo que lo hemos hecho bien. Ya ensayaremos más otro día.

Sin esperar a que me responda me pierdo en mi cuarto, sabiendo que no estoy actuando, que en cuanto me besa me derrito entre sus labios.

* * *

—Qué recuerdos me trae estar aquí —dice Nora sentándose en las gradas para ver el partido.

Han venido a pasar el fin de semana, Nora y su novio junto con Roni y su pareja. Se quedan en un hotel. No saben que Erik y yo vivimos juntos.

Me enteré de que venían por Erik primero, y luego por Nora, que me escribió para preguntar si quería ver el partido con ellos.

Ha pasado una semana desde que Erik y yo ensayamos en su casa, algo que no hemos vuelto a hacer. Nos hemos limitado a los ensayos en el teatro. El director no está muy contento, dice que nos sigue faltando pasión. Eso es porque no vio cómo se nos fue de las manos cuando nos limitamos a actuar ciñéndonos al guion.

Estoy preocupada por si esto me hacer perder el papel…

—Ya te digo —dice Roni sonriente—, aunque no todos buenos.

—Yo solo me quedo con los buenos —dice Mathew, que acaba de llegar con bebida y comida.

Estamos sentados muy cerca del campo, de modo que Erik nos ve nada más salir y saluda a sus amigos. No tiene buena cara; últimamente para menos en casa, si es que eso es posible. No sé cuánto tiempo podrá soportar el ritmo de vida que lleva y, si soy sincera, temo que haya vuelto a las andadas.

Me aterra que recaiga.

El partido empieza y el equipo local se pone en cabeza con un golazo de Erik. La grada chilla emocionada. Erik no lo celebra, nunca lo hace.

Tampoco se le acerca ninguno, y ya no tengo tan claro que sea culpa de Erik.

Lo he visto sonreír, hacer bromas e intentar ser feliz y seguir su vida. Me ha costado llegar a este punto, pero estamos dando pasos de gigante. Y el ver que sus compañeros lo ignoran porque piensan que es un chulito prepotente me hace creer que prefieren pensar así que tomarse la molestia de conocerlo.

Yo, por mi parte, he empezado a hablarme con varios compañeros de clase. No es el grupo que va a las fiestas y que destaca a simple vista, pero cuanto más los conozco mejor me caen.

El partido termina y hemos ganado por tres goles. Esperamos a Erik en la puerta de los vestuarios.

—Qué recuerdos —dice otra vez Nora.

—Espero que recuerdes cuando me acosaste en la ducha y te metiste conmigo.

—¡Mathew! —le regaña su novia, y el aludido se ríe—. Eres tonto.

—Si no me metiera contigo, sería raro…

—Muy raro. —Nora lo besa.

Empiezan a salir los jugadores, Joel de los primeros, que me mira y se marcha. La verdad es que esperaba que me pidiera perdón. Estaba muy equivocada con él.

Erik sale de los últimos. Lleva una camisa blanca ajustada que no deja nada a la imaginación. Su cincelado pecho se marca, haciendo que se me seque la boca.

Mi mente recuerda sus manos acariciando mi espalda y su mano tocando mi pecho…

Era falso, era mentira, no lo olvides.

—¿Adónde vamos? —pregunta al llegar hasta nosotros.

—A cenar algo y luego a echar unas partidas de billar por parejas. Os pienso ganar…

—Dirás «os» vamos a ganar… —le dice Nora a su novio.

—¿Y quién te dice que pensaba ir contigo? Todos sabemos que Erik es el mejor, después de mí, claro.

—Eres tonto —le dice Nora, adelantándose y cogiendo a Roni del brazo.

Mathew no la deja dar dos pasos antes de besarla y decirle que por supuesto que pensaba ir con ella, aunque perdieran.

—No vamos a perder —añade Nora mirándonos.

—Algunas cosas no cambian —me dice Roni poniéndose a mi lado mientras vamos hacia el sitio de cenar.

Erik va junto a Ewan, hablando del partido.

—Raro sería que lo hicieran estos dos. Por mucho que se quieran, picarse es parte de ellos.

—No lo sabes tú bien… —Me río por cómo lo dice—. Por cierto, sabemos que vives con Erik —me confiesa Roni, que siempre ha sido más calmada que su amiga Nora—. No vamos a decir nada. Lo sabemos por Debbie, que nos contó lo enfadada que estaba Daura con su prima por echarte de su casa. No te lo comentamos porque pensábamos que, si no nos lo habías dicho, sería por algo.

—¿Y por qué me lo confiesas ahora?

—Porque no te veo bien, y quiero saber si puedo ayudarte. Sabes que puedes confiar en mí. Aunque dudo que me lo cuentes, quiero que sepas que te escucharé.

Roni me saca cinco años, aunque siempre ha sido una más del grupo de amigos. Cuando la conocí era un niño y que luego dejara de serlo lo vi normal, pese a mi corta edad, porque mis padres nos lo explicaron como algo normal, no con prejuicios e historias. Siempre he simpatizado con Roni.

Ahora que soy más madura sé que muchos de los comportamientos de esta sociedad contra estas cosas empiezan desde el hogar.

Si tú haces normal lo extraño, pasa a ser algo cotidiano.

Vamos a una pizzería y pedimos varias. Veo a mis amigos de clase al fondo y me acerco a saludarlos.

—Estás rodeada de capitanes de fútbol —me dice Estela, una pecosa de pelo cobrizo.

—Y no sabría decirte cuál de los dos está más bueno —añade María.

—Ninguno de los dos —dice Fran.

Estela sonríe al comentario de su amigo. Se conocen de toda la vida. Desde niños han estados juntos en clase y fue una suerte que les gustara lo mismo y hayan podido estudiar en la misma universidad.

La gente no se acerca a ellos porque piensan que es un grupo cerrado a cal y canto. Yo lo hice, cuando ellos mismos me dijeron que no hiciera caso a los envidiosos. Me di cuenta de que, aunque sean amigos de toda la vida, no estaban cerrados a añadir a alguien más en su grupo. Y lo que empezó como charlas en clase acabó por convertirme en amiga de estos tres. Siempre que puedo me siento a su lado y más de una vez me han pasado apuntes.

Me tratan como a una más y no ven en mí solo mi apellido.

—Si os queréis unir…

—No, pero gracias, vamos a ir a jugar a casa de un amigo una partida de rol —dice Fran emocionado—. Hoy va de época. Han conseguido atrezo medieval.

—Te tienes que apuntar. Está genial —me dice Estela.

—Lo haré. Tengo curiosidad por conocer ese mundillo.

Me miran ilusionados y me cuentan de qué personajes van a hacer esta noche. Esa es otra de las razones por las que la gente no se les acerca: los consideran unos friquis.

Hay mucho idiota suelto.

Me despido de ellos cuando veo que sirven nuestras pizzas y quedamos para vernos en clase.

—¿Tus amigos? —me pregunta Nora.

—Sí, me han invitado a jugar una partida de rol, otro día me apunto.

—Nunca he jugado a eso —me dice Ewan—. Tiene que estar chulo, y te dará muchas tablas para tu carrera. Saber improvisar es muy bueno, por si te quedas en blanco.

—Eso pienso. Tiene que ser muy divertido.

—Cuando vayas, si puedo, voy contigo —dice Erik como si tal cosa.

—Genial. Aunque seguro que te gano.

—Seguramente. —Me mira con una sonrisa que me derrite. Cuando desparece de su cara casi le ruego que no lo haga.

* * *

Vamos al *pub* a tomar algo y a echar unas partidas de billar. Me toca ir con Erik, que es muy bueno. El problema es que yo soy penosa y le hago perder todas las veces.

—Eres muy mala —me dice en la barra pagando la siguiente ronda por perder.

—Lo sé. Pero me lo estoy pasando genial.

—Se te nota.

Erik me observa con intensidad. Recuerdo nuestra única cita, esa que él ha olvidado. Nos pasamos el día de un lado a otro por el pueblo. Comimos en una pizzería y después nos fuimos al lago, donde no dejamos de enrollarnos hasta que nos dolieron los labios.

Más tarde decidimos ir a cenar y de camino vi un fotomatón y me metí dentro, arrastrándolo conmigo. Era el día más feliz de mi vida. Ni me di cuenta de que iba puesto. No lo vi beber e, inocente de mí, pensaba que era porque ese día había dejado toda esa mierda por mí.

Qué equivocada estaba.

Solo yo recuerdo ese día y el susurrado «te quiero» que me dijo antes de dejarme en casa y perderse con la noche.

Noto como mi felicidad decae al recordar todo esto y me marcho al servicio. Al salir busco a mis amigos y no los veo. A quien sí veo es a Erik mirando a un tipo con mala cara. Este trata de cogerle del brazo y Erik le pide que se largue. Cuando me acerco a su lado, Erik me mira y, enfadado como nunca, se marcha del bar.

¿Quién era ese chico?

CAPÍTULO 18



SUMMER

Erik viene a los ensayos. Algo que creí que no haría, ya que desde el sábado no sé nada de él. Como era de esperar, nos sale fatal. Actúa sin ganas y, cuando se marcha, le echan en cara al director que contratara a alguien que no ama lo que hace.

Seguimos ensayando y a mí no me sale mucho mejor. Me cuesta dejar mis problemas lejos de la obra.

El director da por terminado el ensayo y me llama para que lo siga a su despacho.

Entro y me pide que cierre la puerta.

—Si no dejas tus problemas fuera del escenario, te quitaré el papel con la misma facilidad con la que lo te he dado. ¿Estoy siendo claro? —Asiento—. Me da igual de quién seas hija, Summer, te lo di porque vi algo en ti. No sería la primera vez que me equivoco. Estás avisada, y este mensaje sirve también para tu amigo. Puedes irte.

Le mando un mensaje a Erik al móvil y le digo que le espero en casa para hablar. Que más le vale presentarse. No me responde, pero me salen los dos *ticks* azules de que lo ha leído. Llego a casa y espero a Erik. Por suerte para mí, no tarda en llegar.

—El director me ha dado un aviso. Otra actuación tan pésima y nos echa. Tal vez a ti te dé igual, pero para mí es importante. ¡Y por tu culpa lo he hecho fatal!

—¿Y se puede saber qué he hecho yo?

—¡Estaba preocupada por ti! Por si… —callo. Aparto la mirada.

—Por si he vuelto a los vicios, ¿no?

—No sabes lo que es ver cómo se destruye alguien a quien… —Lo miro a los ojos—. Alguien que te importa.

—No lo voy a hacer, Summer. Si me fui del bar fue por los recuerdos que me trajo una persona.

—¿El chico con el que te vi al salir del servicio? —Asiente.

—Era uno de mis antiguos amigos. —Se ríe sin ilusión—. Mejor dicho, era uno de los que estaban a mi lado para tener todo gratis. No lo veía desde que decidí dejarlo.

—¿Y qué quería?

—Pedirme más dinero.

—¡Pero qué morro! No se lo darás, ¿verdad?

—Claro que no, pero me siento culpable porque siga metido en todo eso. Si yo no les hubiera dado dinero para sus vicios…

—¿Acaso antes de conocerlos eran hermanitas de la caridad?

—Claro que no. Cuando me acerqué a ellos ya estaban muy metidos. Pero con el dinero que tenían no les daba para mucho y yo…

—Tú no eras más que un crío. Ellos se metieron en eso sin ti, al igual que tú lo hiciste porque quisiste. Porque tenemos información de sobra para saber qué nos pasa si cruzamos la línea.

—Sabía lo que hacía.

—Es triste.

—Es lo que hay. —Se aleja y se va hacia la ventana—. Me contó que uno de ellos está interno en un sanatorio mental y otro es un yonqui que se pincha lo que pilla y, cuando no le llega, amenaza a sus familiares a punta de navaja.

—¿Y por qué te contó esto?

—Para añadir que era mi culpa, y que así le diera el dinero.

—Es un poco absurdo; si te cuenta eso, con menos motivo le vas a dar para drogas.

—Él dice que no es para drogas, sino para buscar trabajo.

—¿Lo creíste?

—No, se notaba que iba hasta arriba.

—Nunca fueron tus amigos, Erik, y aunque hubieran tardado más, al final esa hubiera sido su vida, de seguir por ese camino. Tú llevas tres años sin tomar nada. Tuviste suerte. Te podías haber frito el cerebro con esa mierda…, o algo peor.

—Sí, dentro de lo malo, he tenido suerte.

—No pareces feliz.

—Dame tiempo. Y ahora, ensayemos. No quiero que pierdas la oportunidad de brillar en la obra.

Nos ponemos a ello y, cuando nos besamos, lo hacemos actuando, sin sobrepasar los límites. Y así lo hacemos también en los ensayos de la universidad. El director está contento. Yo me siento contenida.

Es lo que hay. Con Erik es mejor mantener las distancias; el problema es que, cuanto más lo beso, más deseo dejarme llevar y profundizar el acto sin pensar en nada.

CAPÍTULO 19



ERIK

Summer se prepara para ir a jugar con sus amigos a un juego de rol. Va de un lado a otro por la casa.

—Qué lástima que tengas entrenamiento.

—En otra ocasión.

—Estoy nerviosa. Igual me quedo en blanco y no sé meterme en el papel.

—Solo tienes que disfrutar, Sum, como cuando de niña improvisabas historias entre las sábanas colgadas al sol.

Me mira con una amplia sonrisa y, tras recoger sus cosas, se marcha.

Termino un trabajo para mi padre y se lo mando. Los hago ya por inercia. Relleno facturas y respondo correos, a veces repitiéndome. Me aburre esta parte del trabajo, y más desde que actúo.

Me está costando dejarme llevar, como siempre. Sé que un día no muy lejano tendré que tomar decisiones.

Recojo mis cosas y me marcho al entrenamiento. Al llegar noto muchas miraditas hacia mi persona, sobre todo de los que no me soportan, entre los que ahora se encuentra Joel, como si yo tuviera la culpa de que Summer no sienta lo mismo por él.

Joel solo es otro idiota más que, como no consigue lo que quiere por sus propios medios, en vez de aceptarlo, busca culpables.

Que le den.

—Erik, ven a mi despacho —me pide el entrenador.

Es entonces cuando las miradas de los sabelotodo se clavan en mi nuca. No tengo dudas de que soy el único que no sabe de qué va la cosa.

—Cierra la puerta —me pide; no parece contento.

—¿Qué sucede?

—Que esta panda de idiotas ha encontrado la forma de quitarte el cargo de capitán y también de echarte del equipo.

—¿Cómo?

—Hay una cláusula arcaica en los estatutos de esta universidad que dice que un becado por el deporte no puede estar matriculado en otra actividad extra a las clases. Nadie se acuerda de ella. No eres el primer becado que hace lo mismo que tú y nunca nadie ha sido sancionado; el problema es que tú tienes muchos enemigos.

—Ya veo, el puesto de capitán está muy cotizado por aquí, por lo que parece.

—De todos modos, lo único que debes hacer es dejar de actuar, y todo seguirá como siempre.

—¿Y si no quiero dejarlo? —Por la mirada del entrenador veo que ni siquiera había barajado esa posibilidad.

—No puedes hacerme esto.

—Yo no he hecho nada, han sido ellos, y no voy a dejar de actuar.

—Eres muy bueno como futbolista, Erik, seguramente te lluevan ofertas de los mejores clubes del país…

—¿Sabe por qué jugaba al fútbol? —Niega con la cabeza—. No era por llegar a ser un futbolista profesional, sino porque me recordaba a mi infancia. Un tiempo pasado donde era feliz. Solo por eso.

—Pues sigue jugando…

—Actuar me hace mucho más feliz. Y así no tengo que lidiar con gente que no se toma en serio lo que hace.

—Erik…

—No soy yo quien ha decidido esto. Os deseo suerte.

Me marcho con una sonrisa, pues en verdad me da igual, y no he dudado. Sabía lo que quería. Mi felicidad molesta a más de uno.

Que les den, conmigo han tocado en hueso.

* * *

Voy al parque donde Summer había quedado con sus amigos para jugar a rol en vivo. Me ha contado que uno propone un tema e imagina un mundo, y el resto asume un rol, o algo así; desconozco mucho este tema, aunque siempre me ha parecido interesante.

No tardo en verlos, ya que van vestidos con trajes de época y son un grupo bastante grande.

Mucha gente los mira curiosos, otros los llaman friquis con desprecio.

Voy hacia ellos y me siento cerca, en un banco, para ver la escenificación. Summer hace el papel de una dama cándida que tiene que gritar cuando los atacan. Lleva un vestido de esos que se atan por detrás con lazos. Por lo que parece, los adversarios no pueden coger la bandera que están protegiendo. Uno de ellos está a punto de tomarla cuando Summer se cansa de ser una dama llorona y lo detiene, agarrándolo de la capa. Los demás la miran, sabiendo que se ha salido del guion, pero pronto improvisa que es una guerrera infiltrada en el grupo de damas y que sabe luchar mejor que cualquier hombre.

Algo que seguramente sea cierto, porque su madre, desde que nació, le ha enseñado a defenderse.

Summer deja su papel y defiende la bandera en su nuevo rol entre risas y algún que otro picado, porque al haber improvisado gana su equipo. Estela la abraza feliz. Un hombre va hacia ella y le dice algo. Me fijo en que es el profesor de teatro.

Summer me ve y me saluda extrañada. Me levanto y voy hacia ella.

—¿No deberías estar entrenando?

—Yo también me alegro de verte.

—Claro que me alegro de verte, pero… ¿han suspendido el entrenamiento?

—Que yo sepa, no, estarán buscando nuevo capitán.

Summer me mira preocupada. Se vuelve para que le desate los lazos del vestido. Lo hago y se queda con su ropa.

—Vamos.

Se despide de sus amigos y del profesor y nos vamos hacia una zona más tranquila del parque. Le cuento lo que ha pasado sentados en un banco.

—Pero ¡¿cómo pueden ser tan idiotas?!

—No me importa, Summer. Está todo bien así.

—No tenían por qué hacerte elegir. La gente no puede aceptar que alguien sea mejor, no paran hasta destruirlo. ¿No vas a echar de menos el fútbol?

—¿Sinceramente? —Asiente—. No lo creo. Entreno los fines de semana a un equipo del centro para personas con pocos recursos de tu madre.

—No lo sabía.

—Yo no jugaba al fútbol para llegar lejos con esta carrera, pero me venía bien la beca.

—¿Y ahora?

—Saldré adelante. No te preocupes.

Se vuelve y me mira. Hago lo mismo: sus ojos verdes me estudian.

—Pareces un viejo cuando hablas. Es como si lo vivido te hubiera hecho madurar demasiado rápido.

—No exageres. —Sonríe—. ¿Volvemos a casa?

—Claro. Hoy cocino yo.

—Es decir, esta noche cenamos bocadillos fríos. —Se ríe y me saca una sonrisa.

—Cómo lo sabes.

Summer me mira feliz y por un segundo creo que de verdad podría existir un «nosotros». Ojalá no me asfixiara tanto el hecho de poder destrozarlo todo por culpa del peso que llevo sobre los hombros…

CAPÍTULO 20



SUMMER

—¡Parad! No me gusta —dice el profesor de teatro—, no me gusta nada. Estáis contenidos, parecéis dos robots.

Miro a mi profesor. Me sorprendió verlo en el juego de rol, y me dijo que todo aquello me iba a venir muy bien para soltarme y aprender a improvisar.

Erik y yo estamos ahora ensayando la escena de cama. Donde nuestros protagonistas dan rienda suelta a la pasión y donde al ensayar hemos puesto más cuidado en seguir unos pasos coordinados. Como si de un baile se tratara.

—¡Así no! Vosotros veréis cómo lo hacéis, pero con esta escena estáis fuera. Podéis iros.

Se van todos menos nosotros. Erik se pone la camiseta que le he quitado. Yo me pongo la mía; llevo un maillot de color carne con el que parece que vaya desnuda.

—Tiene razón, estamos frenándonos —me dice clavando sus ojos plateados en mí—. ¿Quieres que lo hagamos otra vez?

—Es eso o nos echan. No voy a dejar que hayas perdido tu puesto de capitán por nada. Es hora de dejar de ponernos límites.

Asiente y busca su móvil para poner música.

La escena empieza con los dos a los pies de la cama. Erik me mira. Alzo la mirada y acaricio su mejilla. Sube sus manos por mi espalda sin dejar de mirarme. Sus ojos muestran el deseo de hacerme suya, los míos espero que también sepan fingir de la misma forma… ¡Ja!, si me concentro es para que nadie, y menos él mismo, vea cuánto me gusta.

Baja su cabeza para besarme con lentitud, como si temiera abrir los ojos y que yo no fuera más que un espejismo. Así lo pone en el guion y, mientras me besa, lo siento. Siento sus labios amoldarse a los míos sin barreras. Noto su lengua mimarme, acariciarme, jugar conmigo.

Suspiro entre sus labios y me alzo para que me coja entre sus brazos. Para que luego me deje en esta cama, que está inclinada ligeramente para que pueda ser vista desde todos los puntos del teatro.

Me mira desde arriba. Tan guapo, tan apuesto, tan sensual.

Lo deseo, lo deseo de una forma tan intensa que me duele.

Erik baja su cabeza. Enredo mis manos en su pelo negro y tiro de él mientras el beso cada vez se hace más intenso.

Recorro los contornos de su espalda. En el guion dice que la protagonista teme que el amanecer se lleve a su amante y lo acaricia memorizando a fuego cada centímetro de su piel.

Aún no están casados y si alguien se entera de que ella se ha dejado seducir la tacharían de ligera de cascos. Le da igual. Lo quiere. Y confía en él.

Me pongo de rodillas en la cama cuando Erik recuerda el guion y se aleja. Agarro su mano para que no lo haga y tiro de mi camisón. Me lo quito, quedándome con el maillot color carne, y llevo su mano hacia mi pecho. Los dos notamos como se endurece bajo su contacto.

—Ámame —le digo, y esta es la última vez que recuerdo el guion.

Pues en cuanto Erik se quita la camisa y se acerca a mí, besándome con ímpetu, me olvido de todo…, hasta de que no estamos solos.

—Ejem, ejem… —Erik se va hacia atrás. Yo me tapo con la sábana. El profesor sale de entre bastidores—. Eso mismo quiero, pero que sea apto para todos los públicos.

Sonríe sabiendo que, si no nos llega a detener, tal vez esto habría sido más bien una peli porno.

—Esto no debería haber pasado —le digo a Erik, sabiendo que no es tonto y ha notado lo mucho que me ha gustado. Lo mucho que lo deseo.

Recojo mis cosas para irme, necesitando distancia entre los dos.

—Sum —me detengo y lo miro. Parece perdido y a la vez seguro de sí mismo—, no he fingido que te deseo. No podría.

—No te creo. No te creo.

—¿Por qué? Te he contado la verdad.

—No toda, y siento que hay algo que nos separa por encima de todas las cosas.

—No puedo decírtelo.

—Tranquilo, solo es sexo. Nada más.

Me vuelvo para irme. No me contradice ni me dice lo que tanto ansío escuchar.

Que, como yo, él también está enamorado de mí.

CAPÍTULO 21



ERIK

No he visto a Summer desde ayer. Desde que casi nos los montamos en un teatro público. Aún recuerdo su cara diciendo que no me creía, y cómo se alejó sin que yo tuviera el valor de decirle que no es solo sexo, que ella siempre ha sido para mí la única.

No puedo hacerlo. No sé si seré lo que ella merece.

Estoy totalmente roto por dentro, solo me sostengo por pedazos quebradizos que al más mínimo temblor se resquebrajarán.

Ella no se merece a alguien que es compañero de la tristeza y la tiene por su más íntima amiga.

Al menos mientras fingimos ser otros puedo decirle que la quiero y puedo besarla como deseo. A los ojos de todos no es más que teatro, a los míos, lo más intenso que he vivido en mi vida.

Hoy tenemos ensayo. Es sábado y normalmente no hay, pero la semana que viene no hay clases y el profesor quería que viniéramos.

Salgo al escenario y veo a Summer. Me pongo a su lado. Me mira. Se sonroja. Al menos sé que me desea tanto como yo a ella.

—Bien, ya estamos todos. Hoy tengo un ejercicio para vosotros. Baja la luz —le dice a su ayudante—. Y ve dirigiendo el foco a quien yo te diga.

Le va indicando y va pidiendo a la gente que, sin decir nada, transmita un sentimiento.

Le toca a Summer y le pide amor. Summer me mira un segundo antes de que la ciegue el foco y en sus ojos reluce el sentimiento hasta el punto de llorar de felicidad.

Noto el corazón agitado y me muero por preguntarle en quién se ha inspirado.

—Erik, tu turno. Quiero que me muestres dolor.

El foco me ciega. No veo nada, es como si estuviera solo. Para mostrar dolor debo pensar en algo que me lo produzca. Mi mente va hacia una escena. La evito, pero regresa. La desecho, pero es más fuerte que yo.

Noto que el pulso se me acelera y por un segundo soy ese adolescente de catorce años.

No quiero recordarlo, no quiero.

—¡No me toques! —grito fuera de mí.

Summer chilla a mi lado, me zarandea y me trae de vuelta. Avergonzado como nunca, me marcho de aquí. Summer me sigue corriendo, tira de mí hasta que casi nos caemos.

—¿Quién no te puede tocar?

—Solo estaba actuando.

—¡Ni de coña, Erik! ¡He sentido tu dolor! Antes de que dijeras eso tus ojos mostraban pánico. No se puede fingir así.

—Soy muy buen actor.

—No lo eres tanto, dime la verdad.

—No hay nada que contarte. Y tampoco te voy a confesar que me pasó algo que justifique por qué dejé de ser como era y me metí en las drogas. Estaba fingiendo en el teatro. Acepta que fui un puto drogadicto.

—Me mientes y me duele. Tal vez no seamos tan buenos amigos como creo.

—Tal vez no, si no eres capaz de ver la verdad.

Sé que me estoy pasando, que me arrepentiré, pero necesito irme.

—Entonces quizás es mejor que me busque otro piso.

—Sí, será lo mejor.

Me suelta. Nada me retiene aquí. Me marcho hacia mi coche y conduzco sin destino fijo. Sin rumbo, y recordando por primera vez la noche en la que me di el golpe, sabiendo que no fue un accidente, que trataba de quitarme la vida para dejar de recordar a mi profesora de

instituto y cómo me violó cuando tenía catorce años, convirtiendo mi vida en un infierno…



Nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña contó con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir teatro y con doce, poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito *teregalounlibro.com*, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

La única batalla que se pierde es la que se abandona

Logros

• **Nominada a los premios DAMA'14** a la mejor novela romántica juvenil por *Me enamoré mientras mentías.*

• **Nominada a los premios DAMA'15** a la mejor novela contemporánea por *Por siempre tú*.

• **Ganadora de los premios Avenida'15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica'15 por *Por siempre tú*.

• **Numero 1 en ebook** en Amazon.es, Amazon.com e iTunes, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

• FacebooK:@MoruenaEstringana.Escritora
• Twitter: @MoruenaE
• Instagran: Moruenae

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados:

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ámbar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo prefecto,* reedición ampliada (Red Apple ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio/julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple Ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016), *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosa Editorial Divalentis
Libro de relatos de VI RA
Venus de Nowevolution

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces
Tú me enseñaste a amar
El latir de mi corazón
Los besos que me debes
Promesa bajo las estrellas
Tú eres mi deseo
Tan solo un instante

Actúa para mí.
Serie Sweet Love 5
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Andrey Valerevich / Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17818-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones:

Amistad inesperada Serie Sweet Love - I
Moruena Estríngana

Amor descontrolado Serie Sweet Love -II
Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II
Moruena Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!